



Número 198
Enero 2020

Ayer y Hoy

*“Has encontrado gracia
ante Dios”*

Admirable sentido católico

Si ha habido un intelectual sin la más mínima mancha de herejía ése fue Santo Tomás de Aquino. Su sentido católico era prodigioso: por una parte, no entró en choque para nada con las verdades definidas por la Santa Iglesia en su época; por otra, resolvió un sinfín de cuestiones sobre las que ella aún no se había pronunciado.

Una nota característica y constante en la vida del Doctor Angélico era la total sumisión a la doctrina de la Iglesia. Si ésta llegara a definir alguna verdad en sentido contrario al que él hubiera propugnado, se convertiría inmediatamente en el más humilde, enamorado y ardiente paladín del pensamiento que había impugnado y el más irreductible adversario del error que había enseñado. Así pues, desarrolló plenamente los tres grados del sentido católico.

Hay fieles que a regañadientes y con dificultad se someten a lo que la Iglesia establece en los puntos acerca de los cuales piensan de manera distinta a ella. Otros no tienen reticencias en admitir lo que la Iglesia enseña, pero cuando se enfrentan a un problema difícilmente atinan por sí mismos con la verdadera so-



Santo Tomás de Aquino - Iglesia de Santo Domingo, Cuenca (Ecuador). De fondo, interior de la Sainte-Chapelle, París

lución. El más alto grado del sentido católico consiste en aceptar con prontitud y con amorosa facilidad todo lo que la Iglesia enseña, en estar tan impregnado de su espíritu que uno piense como ella, aunque en ese momento desconozca su pronunciamiento sobre la cuestión en foco y, finalmente, en analizar los asuntos todavía no definidos por la Iglesia de tal forma que, cuando los defina, esté listo para modificar inmediatamente su propia opinión. Por cierto, esto raramente será necesario, pues quien actúa así sabe presentir, en la mayoría de los casos, el pensamiento de la Iglesia.

Admiremos y tratemos de imitar a Santo Tomás en ese punto, y pidámosle ardientemente a Dios, por intercesión de este gran doctor, la virtud del sentido católico.

Plinio Corrêa de Oliveira



HERALDOS DEL EVANGELIO

Año XVIII, nº 198, Enero 2020

Director Responsable:
Gabriel Eduardo Escobar Ramírez

Consejo de Redacción:
Hno. Guy de Ridder, EP,
Hna. Juliane Campos, EP,
Severiano Antonio de Oliveira

Administración:
Guatemala
15 av. 17-29 Zona 10
Guatemala, Guatemala
Tels: (502) 2246-0000
correoheraldos@heraldos.org.gt

El Salvador
Calle 2 Casa #33
Colonia Lomas de San Francisco
San Salvador - El Salvador
Tel: (503) 2273-1877
salvadmereina@heraldos.info

Costa Rica
De la entrada principal del Club La Guaria,
200 Oeste y 75 Sur.
Casa grande, mano derecha.
Barrio La Guaria – Moravia,
San José - Costa Rica
Tel: (506) 2235-5410
costarica@heraldos.info

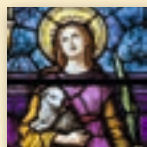
Montaje:
Equipo de artes gráficas
de los Heraldos del Evangelio

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

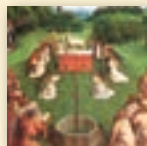
SUMARIO

Escriben los lectores 4

Supremo objeto de las complacencias divinas (Editorial) 5



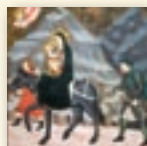
La voz de los Papas – Santa Inés y el Reino de los Cielos 6



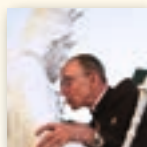
Comentario al Evangelio – ¡En la Sangre del Cordero hemos sido perdonados! 8



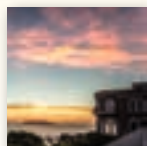
Santa Paula – La obra maestra del Doctor de las Escrituras 16



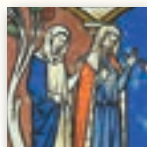
“De Egipto llamé a mi hijo” 20



Necesidad de la devoción a la Santísima Virgen 24



Silencio y meditación 28



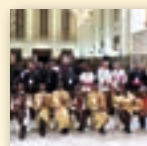
La amistad verdadera 30



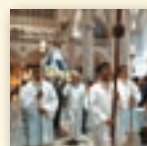
Nuestra Señora de la Esperanza 34



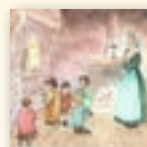
Luces de la intercesión de Dña. Lucilia – Maternal mano que pacifica y sosiega 36



Heraldos en el mundo 40



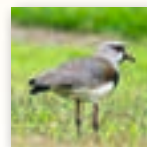
Sucedió en la Iglesia y en el mundo 44



Historia para niños... Envidia, caridad y devoción a María 46



Los santos de cada día 48



Beligerante amor materno 50

ESCRIBEN LOS LECTORES



LA CARA RADIANTE DE QUIEN SE AVENTURA POR DIOS

A la semana de cumplir 18 años el mayor de mis cuatro hijos, y aunque ya me “lo temía”, me sorprendió con su postura tan valiente y extraordinariamente fuera de lo normal: “Papá, hoy no voy al instituto, me voy al seminario en Brasil”.

Certero de que para el muchacho ha sido una decisión muy dura al suponer emprender una nueva vida, yo, enajenado mentalmente, intento escuchar y comprender pues en mi interior le veía todavía niño, jugando con sus aviones o investigando el mundo de las hormigas.

Efectivamente, inicia una nueva aventura y parte sin pertenencia alguna, como San Francisco, lo regala todo, su ropa, su móvil, sus obsequios del cumpleaños de la semana anterior... ¿qué poderosa fuerza le inclina a ello?

Habría también que preguntar al hermano Rafael Arnáiz, que con 22 años cambió su familia y carrera por un claustro y un despertar a las 2 de la mañana para cantar su oración en la Trapa, o al Padre Pío que con 16 años se largó al convento de Benevento.

Intuimos la respuesta, pero dar el paso no es fácil, ni para nosotros ni para estos chicos. Una vez hecho realidad sólo basta ver su cara radiante, y así día a día lo sigue demostrando. No disimula su emoción por su nuevo “enlace”, su camino, camino de felicidad.

Tal vez una carrera con salida el día de su primera comunión cuando

nos dijo: “De mayor quiero ser sacerdote”, o cuando con 11 años celebraba ya su primera misa en una capilla improvisada en un prado de nuestra casa.

Tal vez tomó impulso por ese primer encuentro casual con dos heraldos a la vuelta del colegio, que siendo amigos de su abuelo no dudaron en hacer apostolado y el crío, tras luchar contra su timidez infantil, consiguió finalmente saludar; y posiblemente tomó más velocidad cuando otro heraldo tiempo después, con su persuasión y tenacidad, le convenció para su primer campamento...

El reloj se ha puesto ahora a cero, empieza una nueva carrera que acaba como acabe siempre será un vencedor.

*Santiago de Oñate
Terciario franciscano y
padre de familia
Madrid – España*

REFLEXIONES SOBRE LA CASTIDAD Y LA PUREZA DE LA MIRADA

Recibo con frecuencia la revista *Heraldos del Evangelio*, la cual leo con sumo cuidado, pues hay una completa catequesis en su contenido.

Me llamó poderosamente la atención el artículo del P. Carlos Javier Werner Benjumea, de la edición de mayo de 2019, en la que habla del pudor, haciéndonos reflexionar sobre la castidad y la pureza de la mirada. En una época donde las imágenes grotescas, vulgares y de poco o nada pudor son vistas con tanta “naturalidad” es muy difícil para una persona mantener la castidad de la mirada.

Como aconseja el P. Carlos Javier, solamente con el recogimiento de la mirada podremos mantener la paz en nuestros corazones y, sobre todo, re-

curriendo al auxilio de Nuestra Señora con esta hermosa jaculatoria: “Dame tus ojos Madre, para saber mirar; si miro con tus ojos jamás podré pecar”.

Muchas gracias por esta gran labor de evangelización.

*Haydee González Bolaños
San José – Costa Rica*

MARÍA SANTÍSIMA NOS ABRIRÁ LOS CAMINOS

Cuando entramos en los Heraldos la gracia nos tocó inmediatamente, invitándonos a cambiar de vida de una vez por todas. Empezamos ya a dejar de tener contacto con las redes sociales, y la revista *Heraldos del Evangelio* nos mantiene informados sólo de lo que realmente es necesario para nuestra vida.

Les agradezco inmensamente a nuestros fundadores y a todos los que están implicados en este único ideal el haber dicho “sí” a este llamamiento de María Santísima. ¡Ánimo y confianza! Esta obra es de María y Ella nos abrirá los caminos, muchas veces llevándonos en su regazo, si fuera preciso.

*Lidiane Perea Perucci
San Carlos – Brasil*

MATERIAS MÁS ELEVADAS Y ATRAYENTES

La revista es estupenda. Las materias tienen un nivel cada vez más elevado y nos atraen mucho. Lo que me llama la atención al tener la revista en las manos es su portada y contraportada. También es muy pintoresca, en cada edición, la *Historia para niños... ¿o adultos llenos de fe?* Igualmente me encanta la narración de la vida de los santos, cuyos ejemplos hacen tanto bien a nuestras almas.

*Celso Mistrello
Joinville – Brasil*

SUPREMO OBJETO

DE LAS COMPLACENCIAS DIVINAS

Las Escrituras, siempre tan sucintas, encierran maravillas que sólo el tiempo y el paulatino trabajo de la gracia en las almas van revelando. En el Evangelio de la Anunciación, por ejemplo, encontramos al ángel San Gabriel quietando la perturbación de Nuestra Señora con las palabras: “has encontrado gracia ante Dios” (Lc 1, 30). Ahora bien, ¿qué significa esa expresión?

Encontrar gracia ante Dios es, ante todo, ser objeto de las complacencias del Altísimo. Pero, como para Él todo es presente, de las palabras del ángel debemos concluir que ha sido así desde toda la eternidad: la Santísima Virgen estaba, de hecho, incluida en el proyecto de la Encarnación.

¿Qué lugar le correspondió en ese proyecto? El de ser madre, es decir, ser aquella elegida para traer a Dios al mundo. Fue por María que “el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1, 14). Se asemejaba de este modo al sacerdocio de la Nueva Ley, el cual, por las palabras de la Consagración, trae al altar a aquel mismo que, por su “*fiat*”, Nuestra Señora concibió en su seno virginal. Otra analogía la encontramos también en el hecho de que el sacerdote esté constituido “para representar a los hombres en el culto a Dios” (Heb 5, 1), pues la Santísima Virgen, por su papel de madre obtiene para nosotros todo cuanto le pide a Jesús.

La especial predilección de que fue objeto desde la elaboración del plan de la Creación introdujo a Nuestra Señora, por tanto, en el propio Corazón de Dios, desde donde gobierna maternalmente todo acontecimiento humano. Por su misericordia, es también la perfecta manifestación de la bondad divina, la máxima expresión de su Corazón para nosotros. De este inefable tesoro divino, Ella tiene el poder de concedernos todo lo que le pidamos, tan a menudo sin merecérnoslo.

A esos distintos títulos, entre otros muchos, Nuestra Señora no es únicamente Madre e Hija de la Iglesia, sino también su más perfecto tipo (cf. *Lumen gentium*, n.º 63). ¿La Iglesia enseña? María también, por su ejemplo y ejerciendo su maternal amparo para con todos los hombres. ¿La Iglesia gobierna? María también, a su manera, ejerciendo su influencia en las almas y encaminándonos a todos hacia Dios y hacia el Cielo. ¿La Iglesia santifica? María también, atendiendo las peticiones que le son hechas y concediendo, como Madre de la Divina Gracia, los beneficios divinos que tanto necesitan sus hijos.

El Cuerpo Místico de Cristo encuentra, por tanto, como “sacramento universal de salvación” (*Lumen gentium*, n.º 48), un perfecto reflejo en María: si la Iglesia es la Esposa de Cristo, Ella lo es del Espíritu Santo.

Para beneficiarnos de la suprema protección de la Santísima Virgen, basta con que aceptemos el vínculo de amor que Ella desea establecer ardientemente con todos los corazones. Creados por Dios para ir al Cielo, es a través de María que seremos salvados, como enseña San Luis María Grignon de Montfort.

He aquí la única solución para la crisis del mundo: así como Juan el Bautista fue enviado para indicar al Cordero de Dios (cf. Jn 1, 29), ¿no existirán en la tierra almas llamadas a preparar “un pueblo bien dispuesto” (Lc 1, 17) para el reinado de María? ✧



Nuestra Señora
Sede de la
Sabiduría -
Casa Bela Vista,
Mairiporã

Foto: Timothy Ring



Santa Inés y el Reino de los Cielos

En la Santa Iglesia, el predicador instruido es aquel que sabe hablar de la dulzura del Reino y, al mismo tiempo, del miedo al castigo. Escuchemos lo que se nos dice del Reino, para amarlo; oigamos lo que se nos enseña sobre el suplicio, para temerlo.

En el Evangelio hoy proclamado (Mt 13, 44-52), queridísimos hermanos, el Reino de los Cielos es declarado semejante a las realidades terrenales para que el alma se eleve de lo que conoce a lo que no conoce, de manera que sea llevada a las cosas invisibles por el ejemplo de las cosas visibles, y como calentada por el contacto de lo que ha aprendido de la experiencia. Así, el amor que siente por lo que conoce le enseña a amar igualmente lo que no conoce.

“El amor es fuerte como la muerte”

El Reino de los Cielos es comparado aquí, en primer lugar, a un tesoro escondido en un campo: “el que lo encuentra, lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo” (Mt 13, 44). [...]

El tesoro es el Cielo, al que aspiramos, y el campo en el que ha sido escondido es nuestra persistente aplicación en alcanzarlo. Venderlo todo para comprar ese campo es renunciar a las voluptuosidades y pisotear todos nuestros deseos terrenales manteniendo una conducta celestial, de modo que nada de lo que halaga a la carne le plazca y que el espíritu no tema nada de lo que destruye la vida carnal.

Asimismo, el Reino de los Cielos es declarado semejante a un comerciante que busca perlas finas. He aquí que encuentra una de gran valor; y también lo vende todo para comprarla. Pues quien conoce, tan perfectamente como le es posible, la dulzura de la vida celestial abandona de buen grado todo lo que amaba en la tierra.

Todo le parece carente de importancia en comparación con esa vida de bienaventuranza: abandona lo que posee y distribuye lo que había acumulado; su alma se inflama por las cosas del Cielo; ya no le agradan nada las de la tierra; todo aquello cuya belleza le encantaba en este mundo le parece ahora deforme, porque solamente el brillo de la perla preciosa centellea en su espíritu. Tan ardiente es ese querer que Salomón afirma acertadamente: “El amor es fuerte como la muerte” (Cant 8, 6).

Dios nos pide que dominemos los deseos de la carne

En efecto, así como la muerte destruye el cuerpo, el amor a la vida eterna extingue la pasión por las cosas corporales, y aquel a quien posee por entero lo vuelve como insensible a los deseos de la tierra.

Santa Inés, cuya fiesta celebramos hoy, no habría podido morir corporalmente por Dios si antes no hubie-

ra muerto espiritualmente a los deseos de la tierra. Su alma, elevada a la cima de la virtud, despreció los tormentos y pisoteó las recompensas.

Llevada en presencia de reyes y gobernadores rodeados de soldados, permaneció firme, más fuerte que quien la golpeaba, superior incluso a aquel que la juzgaba. Y nosotros, adultos llenos de flaqueza, que vemos a jovencitas marchar hacia el Reino de los Cielos a filo de espada, ¿qué acertaríamos a decir ante tales ejemplos, nosotros que nos dejamos dominar por la cólera, henchirnos de orgullo, turbarnos por la ambición y contaminarnos por la lujuria?

Si no podemos conquistar el Reino de los Cielos a través de la guerra de persecución, sintamos al menos vergüenza de no querer seguir a Dios a través de la paz. Dios no nos está diciendo ahora a ninguno de nosotros: “Muere por mí”, sino únicamente: “Haz morir en ti los deseos prohibidos”. Si en la paz no queremos dominar los deseos de la carne, ¿entonces cómo en la guerra entregaríamos esa misma carne por el Señor?

Buenos y malos estamos juntos en esta vida

El Reino de los Cielos también es declarado semejante a una red que se echa al mar y recoge toda clase de pe-

ces: cuando está llena, la arrastran a la orilla y reúnen los buenos en cestos y los malos los tiran. [...]

Hoy día, la red de la fe nos contiene a todos, buenos y malos juntos, como una masa de peces sin clasificar. Pero la orilla revela lo que la red, es decir, la Santa Iglesia, ha sacado. A diferencia de los peces, que no pueden cambiar una vez han sido atrapados, nosotros somos capturados malos, pero nos volvemos buenos. Por consiguiente, reflexionemos mientras estamos aprisionados en esa red, para que no seamos rechazados al llegar a la orilla.

Ved hasta qué punto os agrada la solemnidad de esta fiesta: ¿quién de vosotros que se hallara impedido de formar parte de esta asamblea no se sentiría del todo entristecido? ¿Qué harán, pues, en aquel día, los que serán arrastrados fuera de la vista del Juez, separados de la compañía de los elegidos, y que, encontrándose sumidos en las tinieblas, lejos de la luz, serán torturados por el fuego eterno?

Por eso el Señor explica brevemente esa comparación cuando añade: “Lo mismo sucederá al final de los tiempos: saldrán los ángeles, separarán a los malos de los buenos y los echarán al horno de fuego. Allí será el llanto y el rechinar de dientes” (Mt 13, 49-50). He aquí unas palabras, queridísimos hermanos, que debemos más bien temer que comentar. Los tormentos de los pecadores son claramente enunciados para que nadie tome como pretexto su ignorancia, como si se le hubiera hablado de los suplicios eternos de manera oscura. [...]

Amar el Reino, temer el castigo

El Señor concluye su discurso precisamente por donde lo había empezado. Primero afirma que el Reino se asemejaba a un tesoro escondido y a una perla fina; después describe las penas del Infierno, a propósito de los tormentos que allí sufren los impíos;



Santa Inés - Vitral de la catedral de Juiz de Fora (Brasil)

Llevada en presencia de reyes y gobernadores, permaneció firme, más fuerte que quien la golpeaba, superior incluso a aquel que la juzgaba

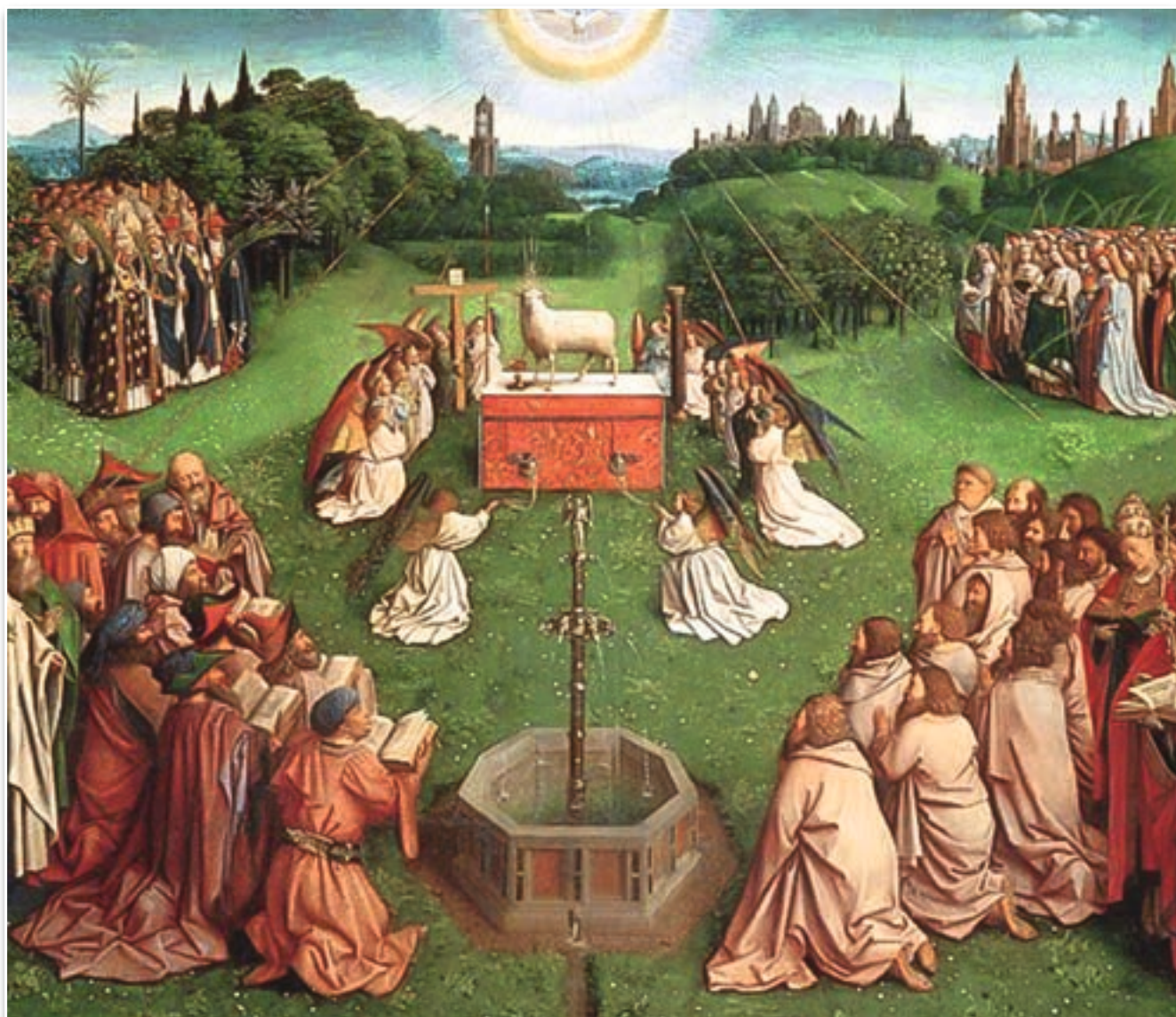
y añade para terminar: “Pues bien, un escriba que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos es como un padre de familia que va sacando de su tesoro lo nuevo y lo antiguo” (Mt 13, 52).

Es como si dijera claramente: “En la Santa Iglesia, el predicador instruido es aquel que sabe expresar cosas nuevas hablando de la dulzura del Reino y, al mismo tiempo, decir cosas antiguas hablando del miedo al castigo, para que al menos los tormentos atemorizen a los que las recompensas no atraen”. Escuchemos lo que se nos dice del Reino, para amarlo; escuchemos lo que se nos dice del suplicio, para temerlo, a fin de que si el amor no es suficiente para arrastrar al Reino a un alma adormecida y fuertemente apegada a la tierra, al menos el temor la conduzca hasta allí.

Así es como el Señor habla de la Gehena: “Allí será el llanto y el rechinar de dientes”. Eternas lamentaciones siguen a los placeres de ahora. Por ello, queridísimos hermanos, si teméis llorar aquel día, huid hoy de la vana alegría. En efecto, es imposible regocijarse ahora con el mundo y reinar con el Señor ese día. Contened el oleaje de la alegría pasajera, domad enteramente los placeres de la carne.

Que el pensar en el fuego eterno os haga amargo todo lo que vuestro espíritu encuentra de agradable en este mundo. Reprimid, por la severa regla de vida que conviene a los hombres adultos, las pueriles diversiones a las que os entregáis, de modo que, huyendo de las cosas pasajeras, podáis alcanzar sin dificultad las alegrías eternas, con la ayuda de Nuestro Señor Jesucristo. ✧

Fragmentos de:
SAN GREGORIO MAGNO.
“Homilias sobre los Evangelios”.
Homilía XI, pronunciada en la basílica de Santa Inés el día de su fiesta:
PL 76, 1114-1118



La adoración del Cordero Místico, por Jan Van Eyck - Catedral de San Bavón, Gante (Bélgica)

Reproducción

EVANGELIO

En aquel tiempo, ²⁹ al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó: “Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. ³⁰ Este es aquel de quien yo dije: “Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía an-

tes que yo’. ³¹ Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua, para que sea manifestado a Israel”. ³² Y Juan dio testimonio diciendo: “He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma, y se posó sobre Él. ³³ Yo no lo

conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: ‘Aquel sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre Él, ese es el que bautiza con Espíritu Santo’. ³⁴ Y yo lo he visto y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios” (Jn 1, 29-34).

¡En la Sangre del Cordero hemos sido perdonados!

¿Quién no teme la suprema tribulación, tan terrible que hasta al propio Cristo hizo temblar? Sin embargo, saber que Dios se hizo hombre y se dispuso a morir por mí me llena de esperanza en su misericordia y en su perdón.



Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – DE LA MALDICIÓN DEL PECADO A LA MEJOR DE LAS SITUACIONES

Gozaban nuestros primeros padres de extraordinaria felicidad en el paraíso. Además de vivir en la amistad con Dios, no podían sentir dolor o malestar físico; dominaban toda la Creación material, incluso a los animales, y, por el don de integridad, se encontraban libres de cualquier perturbación interior. La razón coordinaba completamente sus pasiones, nunca se desviaban del rumbo trazado por la fe. Dotado de ciencia infusa, Adán era también un varón pródigo en consejos y sabias observaciones.

No obstante, cuando él y su mujer desobedecieron al Creador, se estableció en su naturaleza un fundamental desorden, por el cual las leyes de la carne y las del espíritu entraron en conflicto. Un auténtico torbellino de aflicciones y de solicitudes para hacer el mal se levantó en sus almas y se volvieron incapaces, por sus propias fuerzas, de practicar de manera estable los mandatos del Señor. Esta es la peor desgracia prove-

niente de la culpa original, mucho más terrible que cualquier angustia, prueba, enfermedad o incluso la muerte: vivir en las tinieblas del pecado, habiendo perdido el claro entendimiento de todas las cosas y la inerrancia del juicio.

La humanidad atravesó milenios en ese estado de maldición para el que no había remedio. Numerosas caídas de los descendientes de Adán nos son relatadas por las Escrituras: los desastres precedentes al Diluvio, los desatinos que culminaron en la construcción de la torre de Babel, las reiteradas infidelidades del pueblo elegido a la alianza con el Dios de Israel...

Pero de esa pésima condición pasamos a la mejor de las situaciones gracias a la palabra de una virgen. Con sus dones místicos y proféticos, María ideó en su Sapiencial Corazón cómo sería el Salvador prometido y se llenó de un inmenso amor por Él. Quería ponerse a su servicio, en cuanto esclava de su Madre, y para ello rezó con ardor pidiendo su venida. Al recibir la visita del ángel que le anunciaba los designios de la Provi-

*Con sus dones
místicos y
proféticos,
María ideó en
su Sapiencial
Corazón
cómo sería
el Salvador*

El Evangelio de San Juan se destaca con relación a los sinópticos por su admirable riqueza de pensamiento

dencia concernientes a Ella en el plan de la Creación, la Virgen contestó: “Hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38). ¡Y ese “fiat” lo solucionó todo! En su seno purísimo el Verbo eterno se hizo hombre para que nos convirtiéramos en hijos de Dios.

Esa maravilla es la que el Evangelio del segundo domingo del Tiempo Ordinario nos invita que contemplemos, presentándonos a Jesús como aquel que viene a librarnos del pecado del mundo.

II – UNA PROCLAMACIÓN QUE RESONARÁ TODA LA ETERNIDAD

El Evangelio de San Juan se destaca con relación a los sinópticos por su admirable riqueza de pensamiento, propicia-

da, entre otros motivos, por el hecho de haber sido escrito principalmente para refutar los desvíos doctrinarios que se propagaban entre los primeros cristianos, en especial los de índole gnóstica. El combate a un enemigo interno siempre se presenta más encarnizado que cualquier batalla externa, y muchas fueron las luchas que tuvo que enfrentar el apóstol contra los herejes de su tiempo. No sin razón el discípulo amado también es llamado “el teólogo”.

Así, además del bellissimo prólogo y de la insuperable Oración sacerdotal, encontramos en el cuarto Evangelio diferen-

tes fragmentos de gran profundidad teológica, como lo recoge la liturgia de este domingo.

Silencio respecto al Bautismo de Cristo

Antes de entrar en el análisis del mencionado pasaje, vale la pena subrayar la ausencia de alusión al Bautismo de Jesús en el texto de San Juan.

Siendo antiguo discípulo del Precursor, por el que nutría auténtica veneración, el evangelista poseía motivos suficientes para mencionar un acontecimiento en el cual su primer maestro, aquel que lo conduciría hasta el Señor, había desempeñado un papel importante. Aunque podemos suponer que se decidiera a silenciar ese hecho para no fomentar la tendencia que existía entre algunos seguidores del Bautista de sobrevalorar a éste en relación con Jesús.

Preferían seguir a alguien que les fuera más cercano, porque someterse a un maestro divino exigía, en el fondo, un radical cambio de vida. Por eso rechazaron a Nuestro Señor Jesucristo cuando se presentó, lo cual provocó una ruptura tan violenta en aquel grupo que si San Juan Bautista no hubiera sido asesinado, acabaría sufriendo horribles traiciones.

Juan vivía únicamente en función del Mesías

Los versículos seleccionados para este domingo se insieren en el relato de los primeros días de actuación pública del Señor que abre el cuarto Evangelio.

Nada más comenzar, vemos cómo el hijo de Zacarías e Isabel da testimonio de Jesús ante la comitiva de sacerdotes y levitas enviada por los judíos de Jerusalén, quienes lo sometieron a un breve interrogatorio sobre su identidad y misión. Al concluir la narración de este diálogo, el discípulo amado indica que “esto pasaba en Betania, en la otra orilla del Jordán, donde Juan estaba bautizando” (Jn 1, 28).

El Precursor se encontraba, por tanto, junto a las aguas que corren en la parte meridional del Jordán, en el mismo lugar donde poco antes había bautizado al Señor. Allí es donde también ocurriría, al día siguiente, el episodio que aborda esta liturgia.

En aquel tiempo, ^{29a} al ver Juan a Jesús que venía hacia él...

¿De dónde venía el Salvador y hacia dónde se dirigía? No se sabe. Lo cierto es que, después del



Sergio Hollmann

San Juan Evangelista, por Antoniazio Romano Museo del Prado, Madrid

Bautismo, había pasado cuarenta días en el desierto, durante los cuales había sido tentado por Satanás. Quizá estuviera regresando de allí en esa ocasión en la que el Precursor lo ve nuevamente.

Cuando alguien conoce a fondo una doctrina y se halla ante una persona que la expresa a la perfección, su reacción natural es la de admiración, que se traduce en exclamación. San Juan Bautista vivía únicamente en función del Mesías, meditando y predicando sobre Él. Por eso al avistar a Jesús no pudo guardar silencio: de sus labios brotaron tres preciosas afirmaciones, trascritas a continuación.

El Precursor señala al Cordero de Dios

^{29b} ...exclamó: “Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”.

Al vivir en un mundo que ha perdido la percepción de la simbología y se ha deshabitado a pensar en el significado de las maravillas salidas de las manos de Dios, nos resulta difícil alcanzar el verdadero sentido de la figura empleada por San Juan Bautista.

Jesús, enseña San Pablo, “es imagen del Dios invisible, Primogénito de toda criatura; porque en Él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres, visibles e invisibles” (Col 1, 15-16). De manera que el Padre eterno quiso ofrecernos una imagen de su Hijo —que se encarnaría para salvarnos—, creando al cordero, un animal siempre dócil y tranquilo, que no suelta un solo gemido cuando es llevado al matadero.

Sin embargo, no olvidemos que el Señor también será llamado León de Judá. Manifestando otro extremo de perfección, el noble felino, dotado de imponente melena y extraordinario rugido, es considerado a justo título el rey de los animales, lo que lo convierte en símbolo de la fuerza y la majestad de Cristo.

Cabe observar que no consta en el Evangelio indicación alguna de quienes serían los interlo-



San Juan Bautista
Iglesia de Nuestra Señora de la Merced,
Salta (Argentina)

cutores de Juan el Bautista en ese momento. En efecto, no se trataba de palabras proferidas para los circunstantes. Si el día anterior les hablaba a los sacerdotes y levitas, atendiendo la curiosidad de los judíos, ahora es a la Historia a quien se dirige. Su voz clama y no se extingue, pues se propaga por los siglos hasta atravesar el umbral del fin de los tiempos, y continuará resonando toda la eternidad.

Autenticidad de las palabras de Juan el Bautista

Hay quienes dudan de la autenticidad de esas palabras del Precursor y plan-

tean la hipótesis de que fuera el evangelista el que las habría puesto en sus labios, pero existen fuertes argumentos que prueban lo contrario.

En primer lugar, cuando San Juan escribió su Evangelio aún vivían muchos de los que habían seguido al Bautista y conocido personalmente a Jesús. Si, por un absurdo, hubiera incluido cualquier episodio contrario a la realidad, no faltarían los que lo impugnaran y crearan complicaciones ya en aquellos comienzos de la Iglesia.

Por otra parte, el Precursor es elogiado por el divino Maestro como el más grande de todos los hombres (cf. Mt 11, 11). De modo que si los Apóstoles sabían algo respecto al Redentor no tendría sentido que Juan el Bautista lo desconociera. Y si su misión consistía precisamente en ir delante del Salvador preparándole el camino, ¿cómo podría ignorar los principales misterios sobre su persona?

Simbolismo del cordero pascual

Aún sobre ese primer versículo conviene subrayar que el cordero constituía, para los judíos, un símbolo perfecto y acabado de la transición del estado de maldición hacia el de bendición, al tratarse del animal indicado por el Altísimo para ser sacrificado y servido en las ceremonias pascales.

El origen de esta tradición se remonta a la noche en que los israelitas fueron liberados de

Si los Apóstoles sabían algo respecto al Redentor no tendría sentido que Juan el Bautista lo desconociera

San Juan se deleitaba registrando esas afirmaciones del Bautista, presentándolas como documento de autoridad

la esclavitud en Egipto y marcharon rumbo a la tierra prometida a través del mar Rojo, bajo el mando de Moisés. Dios les prescribió para esa ocasión una cena en la que se sirviera un cordero o un cabrito “sin defecto, macho, de un año” (Éx 12, 5), inmolado ese mismo día al atardecer. Con su sangre debían untar las dos jambas y el dintel de sus casas para que al paso del Señor —de ahí proviene la palabra *pascua*— no fueran heridos los que allí vivían, como les sucedería a los primogénitos de los egipcios.

En señal de gratitud, la memoria de ese día sería celebrada todos los años como una fiesta en honor del Todopoderoso. Y precisamente en la época de la conmemoración de la Pascua fue cuando tuvo lugar la prisión y muerte de Jesús.

Testimonio de la divinidad de Cristo

³⁰ “Este es aquel de quien yo dije: ‘Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo’”.

Cuando el Verbo se hizo carne en el seno virginal de María hacía tiempo que San Juan Bau-

tista venía siendo gestado por Santa Isabel, conforme se lo comunicó el arcángel a Nuestra Señora: “Ya está de seis meses la que llamaban estéril” (Lc 1, 36). Queda clarísima, por tanto, la declaración que de la divinidad de Cristo hizo el hijo de Zacarías: el nacimiento del Precursor precedió en el tiempo al del Mesías, pero éste, al ser Dios, ya existía desde toda la eternidad.

Esta verdad molestaba a los gnósticos, contra los cuales combatía el evangelista, pues esclarecía que Jesús no era un mero receptáculo de la divinidad, sino el propio Hombre Dios: la naturaleza humana se había unido hipostáticamente a la divina en la segunda Persona de la Santísima Trinidad. Por eso el apóstol virgen se deleitaba registrando esas afirmaciones del Bautista, presentándolas como documento de autoridad.

Alma restituidora por excelencia

³¹ “Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua, para que sea manifestado a Israel”.

Como Precursor, es evidente que San Juan recibió comunicaciones extraordinarias del Espí-

Colección

Lo inédito sobre los Evangelios

Esta original obra de monseñor João Scognamiglio Clá Dias, EP, compuesta por siete volúmenes, tiene el mérito de poner la teología al alcance de todos, mediante comentarios a los Evangelios de los domingos y las solemnidades del año.

La colección, publicada en cuatro idiomas —español, inglés, italiano y portugués— y con más de 250.000 ejemplares difundidos de los diversos volúmenes, ha encontrado una calurosa acogida por su notable utilidad exegética y pastoral.

Domingos de Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua – Solemnidades del Señor en el Tiempo Ordinario

Volumen I (ciclo A) – 464 págs.

Volumen III (ciclo B) – 448 págs.

Volumen V (ciclo C) – 446 págs.

Domingos del Tiempo Ordinario

Volumen II (ciclo A) – 495 págs.

Volumen IV (ciclo B) – 544 págs.

Volumen VI (ciclo C) – 495 págs.

Solemnidades

Volumen VII (ciclos A, B y C) – 431 págs.



La colección *Lo inédito sobre los Evangelios* es una publicación de la Librería Editrice Vaticana

Guatemala: ☎ 2246-0000 ✉ correoheraldos@heraldos.org.gt

El Salvador: ☎ 2273-1877 ✉ salvadmereina@heraldos.info

También disponibles en formato eBook: www.comentandolosevangelios.com

ritu Santo con respecto a Nuestro Señor. De lo contrario jamás tendría elementos suficientes para anunciarlo. Al afirmar que “no lo conocía” se está refiriendo, por tanto, al período anterior a tales revelaciones.

También hace hincapié en subrayar que su bautismo es realizado con agua para diferenciarlo del de Jesús, el cual bautizará “con Espíritu Santo y fuego” (Mt 3, 11). Alma restituido-ra por excelencia, deja consignado en ese versículo la esencia de su misión: predisponer al pueblo elegido a la acción del Redentor. Hacia Él dirige todos los éxitos de su apostolado, mientras trata de apagarse cada vez más, como dirá más adelante: “Él tiene que crecer, y yo tengo que menguar” (Jn 3, 30).

Al comentar ese pasaje, San Agustín hace una importante observación: “Juan recibió el ministerio de bautizar con agua de penitencia para preparar el camino del Señor cuando aún no había aparecido. Pero, desde el momento que el Señor fue conocido, era ya superfluo prepararle el camino. Él mismo era ya el camino para quienes le conocían”.¹

Síntesis perfecta de la teología trinitaria

³² Y Juan dio testimonio diciendo: “He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma, y se posó sobre Él”.

Solamente por una revelación podría tener el Precursor una noción tan clara de la Santísima Trinidad. En los versículos anteriores trató sobre la segunda Persona, ahora declara que ha visto a la tercera, y más adelante mencionará a la primera.

En un brevísimo discurso hace una síntesis teológica perfecta del centro del misterio trinitario y de la Encarnación, Pasión y Muerte de Jesús; es decir, de los principales misterios de nuestra fe. ¡Cuántas maravillas no le habrá revelado el Espíritu Santo a San Juan Bautista a lo largo de su vida!

Quien bautiza es el propio Cristo

³³ “Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: ‘Aquel sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre Él, ese es el que bautiza con Espíritu Santo’”.



El Bautismo del Señor
Iglesia del Santísimo Sacramento,
Oporto (Portugal)

Llama la atención el hecho de que repita que, hasta el día del Bautismo del Señor, “no lo conocía”. ¿Cómo se comprende dicha afirmación? Puesto que, conforme narra San Mateo, cuando Juan vio a Jesús intentó disuadirlo de bautizarlo diciendo: “Soy yo el que necesito que tú me bautices, ¿y tú acudes a mí?” (Mt 3, 14).

Nuevamente es San Agustín quien nos ofrece una explicación de las palabras del Precursor: “Juan aprende en aquel que ya conocía, pero aquello que no sabía, porque lo que sabía ya no lo aprende. ¿Qué sabía? Que era el Señor. ¿Qué ignoraba? Que el Señor no haría jamás transferencia del poder de bautizar a nadie, sino solamente haría transferencia ministerial: el derecho, a nadie; el ministerio, sí, a buenos y a malos”.²

En el sacerdocio de la Nueva Ley el que administra un sacramento lo hace en nombre y con

*“¿Qué sabía?
Que era el
Señor. ¿Qué
ignoraba?
Que el
Señor no
haría jamás
transferencia
del poder
de bautizar
a nadie”*

*Aunque
reuniéramos
todos los
carneros
creados no
obtendríamos
el perdón ni
siquiera de
un pecado
venial*

el poder de Cristo. Por eso el Obispo de Hipona subraya: “Que los ministros sean santos, si es que quieren serlo. Pero, si los que ocupan la cátedra de Moisés no son justos, entonces quien me da seguridad es mi Maestro, de quien su Espíritu testimifica que ‘Él es quien bautiza’ ”.³

Victima divina e inmaculada

³⁴ “Y yo lo he visto y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios”.

San Juan Bautista vio al Espíritu Santo descender sobre el Señor en forma de paloma y esto le sirvió de confirmación para lo que le había sido revelado.

Engendrado por el Padre desde toda la eternidad e idéntico a Él, el Verbo es su único Hijo por naturaleza. Esta verdad trasciende tanto la inteligencia humana, e incluso la angélica, que sólo la asimilaremos en la gloria, mediante un préstamo de la luz de Dios. La fe recibida en el Bautismo únicamente ampara a nuestra inteligencia para aceptarla, pero no para entenderla.

Ese Hijo unigénito, al ver las puertas del Cielo cerradas para los hombres como consecuencia del pecado y, sobre todo, considerando la ofensa hecha al Padre, a sí mismo y al Espíritu Santo,



Francisco Lecaros

Sacrificio en el Antiguo Testamento - Museo Nacional de Capodimonte, Nápoles (Italia)

deseó reparar tal injuria y, así, poner fin a la triste situación de la humanidad.

Sabemos por las páginas del Antiguo Testamento que uno de los modos de realizar esa reparación consistía en el ofrecimiento de una víctima expiatoria. Y debía haber efusión de sangre, por ser ésta símbolo de vida. Se inmolaban animales en señal de alabanza, acción de gracias o petición, pero, ante todo, para satisfacer la honra de Dios ultrajada por algún pecado.

En uno de los momentos auge de la Historia Sagrada, por ejemplo, Abrahán es convocado por Dios a ofrecer en holocausto a su único hijo, Isaac. Sobre el muchacho recaía la promesa hecha por el Señor al patriarca, ya avanzado en edad, de que éste tendría una descendencia tan numerosa como “el polvo de la tierra”, “las estrellas del cielo”, “la arena de la playa” (Gén 13, 16; 15, 5; 22, 17). Pero Abrahán no vaciló. Lleno de fe se dirigió hasta lo alto del monte llevándose consigo a Isaac y en el instante en que iba a clavarle el cuchillo un ángel se lo impidió. Entonces vio un carnero enredado por los cuernos en la maleza, lo tomó y lo presentó como víctima en lugar de su hijo (cf. Gén 22, 3-13).

Sin embargo, aunque reuniéramos todos los carneros creados, desde el primero salido de las manos del divino Artífice hasta los que servirán de alimento a Elías en el fin del mundo, y los inmoláramos en holocausto no obtendríamos el perdón ni siquiera de un pecado venial. En efecto, al ser una ofensa cometida contra Dios, el pecado tiene gravedad infinita y sólo puede ser expiado por una víctima de valor infinito.

Entonces, ¿cómo reparar la falta de nuestros primeros padres y todas las otras que vinieron después? Solamente la sangre de un cordeiro que fuera Hijo de Dios sería capaz de quitar el pecado del mundo. Y es lo que sucedió: la propia segunda Persona de la Santísima Trinidad se encarnó y se ofreció como víctima inmaculada y perfectísima por la humanidad, en un acto enteramente lúcido, voluntario y libre. Por esa satisfacción presentada al Padre se abrieron de nuevo para los hombres las puertas del Cielo.

III – ¡CONFIEMOS EN EL PERDÓN DE DIOS!

El Evangelio del segundo domingo del Tiempo Ordinario, tan rico en consideraciones teoló-



El Niño Jesús, en el regazo de San José, acariciando un cordero mientras San Juan Bautista le besa los pies - Universidad de Nuestra Señora del Lago, San Antonio (EE. UU.)

gicas sobre el núcleo de nuestra fe, abre ante nosotros las vías magníficas de la confianza en el perdón de Dios.

Cuando recordemos nuestras faltas pasadas o nos aflijamos por nuestra fidelidad futura debemos acordarnos de aquella proclamación de San Juan: “Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”. Entonces tendremos la seguridad de que Él quiere limpiarnos de todas nuestras miserias.

Jesús se ofreció para ser inmolado en la cruz y derramó hasta la última gota de su sangre por cada uno de nosotros individualmente. Si Adán y Eva hubieran sido fieles y, en consecuencia, la humanidad entera hubiera nacido en el paraíso, pero una única persona pecara, el Señor estaría dispuesto a sufrir la Pasión a fin de librarla de la condenación eterna. Por lo tanto, debo confiar en que, si reconozco mis faltas y le pido perdón, Él me purificará y me asistirá en todas las dificultades, sobre todo en el momento de la muerte.

¿Quién no teme la suprema tribulación, tan terrible que hasta al propio Cristo hizo temblar? No obstante, saber que Dios se hizo hom-

bre y se dispuso a morir por mí me llena de esperanza en el perdón. Por sus méritos infinitos obtendré misericordia y seré asistido por los dones y gracias del Espíritu Santo en la hora final.

Para que nos mantengamos en esa clave de abandono y confianza, no olvidemos nunca la prueba más grande del amor de Dios para con nosotros, después de la Redención: nos dejó a María Santísima, Madre extraordinaria, impregnada de afecto y bienquerencia por cada uno de nosotros y dispuesta a todo para ampararnos.

Que, por su intercesión, jamás olvidemos nuestra condición de hijos de Dios y templos de la Santísima Trinidad. Si nos mantenemos en esa perspectiva, la gracia volverá fértil la tierra de nuestras almas y hará que en ella germine una nueva era histórica, ¡el Reino de María! ✧

¹ SAN AGUSTÍN. In Ioannis Evangelium. Tractatus IV, n.º 12. In: *Obras Completas*. Madrid: BAC, 1955, v. XIII, p. 151.

² Ídem, Tractatus V, n.º 11, pp. 171; 173.

³ Ídem, n.º 15, p. 179.

Cuando pensemos en las faltas cometidas debemos acordarnos de esta proclamación: “Este es el Cordero de Dios...”

SANTA PAULA

La obra maestra del Doctor de las Escrituras

Discípula de San Jerónimo, supo mantenerse fiel a su padre espiritual incluso ante la persecución y las calumnias que hacían contra él.



Hna. María Beatriz Ribeiro Matos, EP

“Aunque todos los miembros de mi cuerpo se volvieran lenguas y sus articulaciones hablaran con voz humana, ni siquiera así podría decir nada digno de las virtudes de la santa y venerable Paula”.¹ Así empieza San Jerónimo una de sus cartas, introduciendo al lector, con tan breves palabras, en una de las más bellas páginas de la hagiografía católica.

¿Quién es esa que hace a San Jerónimo creerse incapaz de exaltarla cuanto merece?

Ilustre dama de la antigua Roma

Corre el año 379. En un suave atardecer otoñal las casas se van iluminando discretamente y, de manera paulatina, el bullicio propio a una ciudad muy movida disminuye, dando paso al silencio de la noche. Nos encontramos en Roma, la capital del mundo.

La mirada observadora de quien transita por aquellas calles tan bien pavimentadas es atraída por un palacio, intensamente alumbrado, cuyos ruidos procedentes del interior indican que allí debe haber mucha gente. Poco a poco llegan las matronas, revestidas con ricos tejidos, ata-

viadas con valiosas joyas y transportadas en confortables literas. Los primeros acordes de una música se hacen sentir. Una fiesta más da comienzo en la alta sociedad romana.

Joven aún, se diría que Paula, la matriarca de ese hogar, era la persona más feliz del mundo. Las grandes glorias de los Cornelios, Escipiones, Emilianos y Gracos resplandecen sobre su cuna. Posee también una lúcida inteligencia: además del latín, habla griego a la perfección. Se unió en matrimonio a Toxocio, vástago de la nobilísima sangre de los Julios, familia que se hizo mundialmente famosa cuando Julio César asumió el poder como cónsul y dictador. A la nobleza, la pareja unía una inmensa fortuna.²

Una mujer de su clase se veía obligada a vestirse con ropas de seda bordadas en oro, calzar zapatos adornados con brillantes, ceñirse un cinturón recamado de pedrería, engalanarse con pendientes y collares cuyo valor equivalía a todo un patrimonio. Paula seguía a rajatabla esas reglas.

Despojada de la felicidad mundana

Dichosos y apacibles se fueron sucediendo los años para el matrimo-

nio, en cuyo seno nacerían cinco hijos: Blesila, Paulina, Eustoquio, Rufina y Toxocio, así llamado en honor de su padre. La ilustre dama, sin embargo, no podía imaginar la gran tormenta que le esperaba con la muerte de su marido.

El súbito acontecimiento le ensombreció el horizonte de tristeza y le hizo perder el norte de su existencia. Siendo aún joven —tenía cerca de 31 años— su futuro se le presentaba incierto, veía desprotegida a su familia y la convivencia social se volvía inestable. Afectada por el dolor, lloraba noches enteras sin que nadie fuera capaz de confortarla.

El abatimiento de Paula llegó a tal extremo que muchos temieron por su vida. Se decía cristiana, pero no lograba contemplar aquella tragedia con los ojos de la fe. No obstante, el sufrimiento acabó dándole la oportunidad de, por primera vez, considerar las cosas a la clara luz de las realidades eternas, ante las cuales la fantasía pasajera del mundanismo yace por tierra.

¿De qué le valía ser contada entre las primeras fortunas del Imperio? ¿Qué utilidad tenía su nobilísima sangre? Más aún, ¿qué ventajas saca-

ba del esfuerzo por quedar bien ante la sociedad, de emplear largo tiempo trenzando su cabello y acicalándose para ser tenida por hermosa?

El cuerpo frío e inerte de su marido era una respuesta contundente: el reconocimiento del mundo no lo había librado de la muerte; el dinero y los homenajes jamás serían capaces de hacer que moviera una vez más ni un dedo siquiera.

Tal perspectiva, enteramente nueva para Paula, quizá haya atormentado su alma todavía más que la pérdida de aquel a quien amaba. Ante ella se abría una encrucijada: podía sumergirse aún más en el mundo, dando rienda suelta a la desesperación y a la fruición de los placeres o podía extender la mano a la Providencia, que la invitaba a la seriedad. ¿Cuál de los dos caminos escogería?

Palabra y ejemplo que transforman

Seguramente que no habría conseguido superar tan crucial coyuntura si para ella no se hiciera realidad el pasaje de las Escrituras que dice: “Un amigo fiel es un refugio seguro, y quien lo encuentra ha encontrado un tesoro” (Eclo 6, 14).

Marcela era una patricia de otro importante linaje romano. Sus padres le habían arreglado un ventajoso matrimonio para garantizar la continuidad de la familia y, aunque albergaba el deseo de entregarse a Dios por completo, atendió a los anhelos paternos. Pero a los siete meses de casada enviudó y como nunca amó el mundo transformó su palacio en una verdadera comunidad religiosa.

Transcurrieron algunos años hasta que cierto día una joven pasó delante de aquella residencia convertida en monasterio y entró en contacto con las que allí vivían. Cubierta aún con traje de luto e inmersa en su particular tempestad interior, la viuda de Toxocio se admiró con el ejemplo de una que había tenido en

su breve matrimonio una suerte semejante a la suya.

Paula abrió su alma a la influencia de Marcela y ésta le ayudó a despojarse de las vanidades mundanas introduciéndola en la intimidad divina, lo cual reconocería la propia discípula más tarde en una carta: “fuiste la primera en arrimar la chispa a nuestra hoguera; nos exhortaste con tu palabra y tu ejemplo a abrazar este género de vida”.³

Sabiduría de Dios... necedad para el mundo, dice San Pablo (cf. 1 Cor 1, 23-24). Quizá, ya en aquella época, algún “sabio” llegara a definir la conversión de la joven patricia como fruto de un grave trastorno psicológico, provocado por la muerte de su marido... Pero, de hecho, era la acción de la gracia la que estaba haciendo maravillas en el corazón de la distinguida dama.

Contrariando la sociedad que antes había frecuentado, Paula avanzó a pasos agigantados en el camino de la perfección. Distribuyó gran parte de sus riquezas entre los pobres, asistió a los necesitados con extrema bondad y cuando sus familiares la criticaban porque sacaba de sus hijos para darlo a los demás ella les respondía que les dejaba una herencia más grande y valiosa que el oro: la misericordia de Cristo.

Reuniones con el Doctor de las Escrituras

Paula aún estaba dando los primeros pasos de su conversión cuando una presencia ilustre y singular se hizo notar en Roma, despertando simpatías y antipatías en unos y otros.

En medio al lujo y a los placeres de entonces, se presenta un adusto varón que “todo él parecía un retrato de Elías, o Juan [el Bautista], o Antonio [abad]: en el habla, en la compostura, en el meneo, daba olor de ermitaño asperísimo, de monje lleno de perfección y de un hombre

verdaderamente crucificado al mundo y transformado en Jesucristo”.⁴

Era el obispo Jerónimo, que había llegado a la Ciudad Eterna para ser secretario del Papa San Dámaso y, también, para servirle de valioso asesor bíblico. Ocupaba, según algunos hagiógrafos, un cargo equivalente al de Secretario de Estado de nuestros días.

Su erudición y virtudes, unidas a una figura impresionantemente austera, atraían a todos los que buscaban la santificación, de modo especial a aquellas matronas cristianas. Santa Marcela fue la que, movida por la admiración, tendió el primer puente de comunicación entre ellas y el santo, pues éste, por modestia, apartaba sus ojos de las nobles féminas.⁵

Al encontrar en ellas y en otras amigas suyas un auténtico deseo de progresar en las vías de la perfección, San Jerónimo no escatimó esfuerzos en conducir las por las sendas de la virtud. Al principio notó que, aun



Con gran discernimiento y paciencia, el santo varón pasó a orientar y forjar el carácter de la patricia romana

San Jerónimo, Santa Paula, Santa Eustoquio y Blesila - Iglesia de Santa María Magdalena, Génova (Italia). En la página anterior, Santa Paula - Pinacoteca Vaticana

habiendo consagrado a Dios su vida y deseos, todavía conservaban muchos caprichos y defectos. “Servían al mundo”, escribe el santo, y “no podían soportar las inmundicias de las calles, [...] eran llevadas en manos de los eunucos, y cualquier desnivel del suelo les molestaba, [...] el vestido de seda les resultaba una carga, y el calor del sol un incendio”.⁶

A petición de aquellas damas, San Jerónimo empezó a promover reuniones en el palacio de Marcela y más tarde en el de Paula, donde le explicaba diversos pasajes de la Biblia.

Verdadero padre espiritual de Paula

Poco a poco se fue convirtiendo en guía espiritual de todas ellas, especialmente de Paula. Si Marcela había sido la amiga fiel que le había ayudado en la elección del bien, le correspondió a Jerónimo engendrarla “para Cristo Jesús por medio del Evangelio” (cf. 1 Cor 4, 15).

Con gran discernimiento y paciencia, el santo varón pasó a orientar y forjar el carácter de la patricia romana, que, por su parte, lo veía más como un padre que como maestro. Se establecía así el vínculo perenne propio a las cosas del espíritu.

Se cuenta, por ejemplo, que una de las hijas de Paula, llamada Blesila, una joven de atractivo aspecto y entregada a los encantos del siglo, acabó renunciando al mundo orientada por San Jerónimo. La malaria, no obstante, la llevó en tres meses a la tumba, dejando a su madre nuevamente oprimida por el dolor, hasta el punto de adoptar actitudes poco razonables, como la de descuidar su alimentación.

Verdadero padre espiritual, San Jerónimo también se conmovió por la separación: “Mi querida Paula, pongo por testigo a Jesús, a quien ahora sigue Blesila, pongo por testigos a sus santos ángeles, de cuya

compañía goza, que yo también estoy sufriendo los mismos tormentos y el mismo dolor que tú padeces. Yo soy su padre en el espíritu, su educador por la caridad”.⁷

A pesar del sentimiento de pena así manifestado, San Jerónimo le recuerda a Paula, con mucho tacto, que la mano de Dios está detrás de todo lo que sucede. Le explica por qué tal desenlace había sido lo mejor, incluso para ella, su madre. Le advierte con firmeza de que no se lleve por el afecto puramente carnal, comparándola a una mujer pagana cuyo marido había muerto hacía poco.

Hasta tal punto se dejó moldar por San Jerónimo, durante los cuatro años que éste permaneció en Roma, que ella llegó a convertirse, más que todos los escritos bíblicos, doctrinarios o apologéticos del doctor de la Iglesia, en “su mejor carta, su obra maestra”.⁸

Altanería y fidelidad ante las calumnias

Llegó el año 385. Paula, que ya había madurado en la virtud, estaba lista para enfrentar varonilmente una nueva tempestad —¡y qué dura sería! Había renunciado al mundo para entregarse a Dios y ahora tendría que desafiarlo una vez más, para sellar su fidelidad al camino escogido.

Con la muerte de San Dámaso, San Jerónimo fue destituido de sus funciones pontificias. Al mismo tiempo, una ola de infames calumnias se levantó contra él. Lo acusaban de no ser lo que de hecho aparentaba; le atribuían la conversión de Paula, de Marcela y de otras tantas matronas a dones mágicos que usaba para atraer y manipular a la gente; y, peor aún, intentaron manchar con una connotación maliciosa las reuniones en el palacio de Marcela.

De este modo mancillaban el vínculo santo y enteramente espiri-

tual existente entre Paula, sus hijas y San Jerónimo. Decían que era un hombre depravado, entregado a inmoralidades, e incluso hubo un infeliz que forjó graves acusaciones, que después reconoció ser falsas...

Pero San Jerónimo no se dejó intimidar y contemplaba con altanería la persecución que sobre él se había desencadenado: “¿Qué cúmulo de angustias no he sufrido por militar bajo la bandera de la cruz? Me acarrearón la infamia con una falsa acusación; pero yo sé que hemos de llegar al Reino de los Cielos pasando por buena y por mala fama”.⁹

Conocedor de la integridad de su hija espiritual, y al verla también injuriada, destaca cómo sus virtudes la hicieron digna de sufrir por Cristo: “¡Oh envidia, mordaz en primer lugar para ti misma! ¡Oh astucia de Satanás, que siempre persigues a todo lo que es santo! Ninguna otra mujer dio que hablar a la ciudad de Roma sino Paula y Melania, que, despreciando sus riquezas y dejando a sus hijos, levantaron la cruz del Señor como un estandarte de piedad. Si se hubieran ido a los balnearios de Baias, si hubieran sabido escoger perfumes, si hubieran aunado riquezas y viudez como fuente de lujo y libertad, se las llamaría señoras y aun santas”.¹⁰

Alma de convicciones profundas, nada hizo sacudir la entrega de Paula a Dios y su confianza en San Jerónimo. Ante la persecución y las calumnias que contra él hacían, esa insigne discípula supo mantenerse fiel al padre que la conducía por las vías del Espíritu.

¡Qué alegría para el Doctor de las Sagradas Escrituras, en medio de aquel mar revuelto, ver brillar en su discípula tanta fidelidad y constancia, frutos de su intenso apostolado y sacrificio! De hecho, concluyendo una de sus cartas de defensa, San Jerónimo escribe: “Saluda a Paula y a Eustoquio —mal que le pese al mundo, ellas son más en Cristo”.¹¹

Regla viva a ser seguida en el monasterio

Todavía en el conturbado año 385, Santa Paula abandona la Ciudad Eterna en un barco rumbo a Oriente, siguiendo las huellas de su maestro. En los meses siguientes conocerá Tierra Santa, cuna de la fe, y Egipto, germen de la vida monástica. Y recorriendo cada uno de los lugares santos su alma piadosa revivirá el Evangelio.

Maestro y discípula se establecieron, finalmente, en Belén. Allí Paula erigirá un monasterio femenino, del cual será superiora, y San Jerónimo un cenobio masculino. También construyeron una casa dedicada al hospedaje de peregrinos, en reparación de la falta de acogida sufrida por la Sagrada Familia en aquella ciudad.

En el monasterio de Belén vivió Santa Paula cerca de veinte años. A pesar de todas las responsabilidades de la dirección de la casa continuaba auxiliando a San Jerónimo en sus comentarios a las Escrituras, sobre todo planteando preguntas y haciendo observaciones que lo conducían a nuevas explicaciones. A fin de serle más útil a su maestro, aprendió hebreo. Aunque, imitando el ejemplo que él le daba, se esforzaba principalmente en trasladar las enseñanzas bíblicas al día a día, más que en estudiarlas intelectualmente.



¡Qué alegría para el Doctor de las Sagradas Escrituras, en medio de aquel mar revuelto, ver brillar en su discípula tanta fidelidad y constancia!

San Jerónimo impone el hábito a Santa Paula y a Santa Eustoquio - Museo Nacional de Arte Antiguo, Lisboa

Era una superiora ejemplar, era la viva Regla a seguir. No había quien la venciera en humildad o la superara en generosidad. Aliando la firmeza a la compasión y dotada de un alto sentido psicológico, formaba de manera eximia a sus discípulas y, a pesar de las advertencias de San Jerónimo, se sometía a severas penitencias, diciendo:

“Tengo que afean una cara que, contra el mandato de Dios, tantas veces pinté de rojo, sombreado y pálido. Tengo que mortificar un cuerpo que se entregó a muchos deleites. [...] Yo que antes busqué agradar al siglo y al marido, ahora quiero agradar a Cristo”.¹²

De Belén al Reino de los Cielos

Habiendo pasado el umbral de los 56 años, Dios encontró a Paula lista para el Cielo. Fue acometida por una terrible enfermedad que la hizo entender que su fin estaba próximo. Convirtiendo en alabanzas al Creador los estertores de la agonía, solamente decía: “¡Qué deseables son tus moradas, Señor del universo! Mi alma se consume y anhela los atrios del Señor” (Sal 83, 2-3).

Al recibir la noticia de que esa alma tan virtuosa estaba a punto de dejar esta tierra, monjes y vírgenes se apresuraron en llegar al monasterio. A ellos se juntaron los obispos de Jerusalén y de

otras ciudades, además de muchos sacerdotes y diáconos. Y, a su muerte, todos alababan a Dios por las maravillas obradas en aquella noble dama. “No estamos tristes de haberla perdido, sino que damos gracias a Dios de haberla tenido o, mejor aún, de tenerla todavía”,¹³ expresaba más tarde San Jerónimo en el elogio fúnebre de su discípula.

De ella se despidió con palabras llenas de poesía y piedad diciendo: “Vete con Dios, Paula, y ayuda con tus oraciones la extrema vejez de quien te venera. Tu fe y tus obras se asocian a Cristo; presente a Él alcanzarás más fácilmente lo que pidas”.¹⁴ ✧

¹ SAN JERÓNIMO. *Carta 108*, n.º 1. In: VALERO, Juan Bautista (trad.). *San Jerónimo. Epistolario*. Madrid: BAC, 1994, v. II p. 214.

² Cf. GENIER, OP, Raimundo. *Santa Paula*. Barcelona: La Hormiga de Oro, 1929, pp. 11; 19.

³ SAN JERÓNIMO. *Carta 46*, n.º 1. In: VALERO, op. cit., 1993, v. I p. 375.

⁴ SIGÜENZA, José de. *Vida de San Geronimo*, apud MORENO, Francisco. *San Jerónimo: la espiritualidad del desierto*. Madrid: BAC, 2007, p. 44.

⁵ Cf. Ídem, p. 45.

⁶ SAN JERÓNIMO. *Carta 66*, n.º 13. In: VALERO, ídem, p. 694.

⁷ SAN JERÓNIMO. *Carta 39*, n.º 2. In: VALERO, ídem, p. 340.

⁸ RUIZ BUENO, Daniel. Introducción, versión y notas. In: SAN JERÓNIMO. *Cartas*. Madrid: BAC, 1962, v. I, p. 233.

⁹ SAN JERÓNIMO. *Carta 45*, n.º 6. In: VALERO, ídem, p. 374.

¹⁰ Ídem, n.º 4; pp. 371-372.

¹¹ Ídem, n.º 7; p. 374.

¹² SAN JERÓNIMO. *Carta 108*, n.º 15. In: VALERO, op. cit., 1994, v. II, p. 236.

¹³ Ídem, n.º 1; p. 215.

¹⁴ Ídem, n.º 33; pp. 263-264.

“De Egipto llamé a mi hijo”

Durante el tiempo que allí permanecieron, ¡cuánto deseo no tendrían Jesús, María y José de salir de aquella nación extranjera e idólatra! Pero era necesario que se cumplieran las Escrituras...



Hna. Ariane Heringer Tavares

Los escritos sagrados contenidos en la Biblia, sobre todo los que componen el Nuevo Testamento, raramente poseen un lenguaje rebuscado o de difícil comprensión. Sin embargo, suelen ser muy sintéticos y parcios en detalles, lo que deja al lector con la curiosidad de saber más acerca de los pormenores de los hechos allí narrados.

Por otra parte, el Evangelio mantiene en la oscuridad y en el silencio muchos pasajes de la vida del Hombre Dios, lo cual nos obliga a reconstruirlos en función de datos históricos, antiguas tradiciones, revelaciones privadas o deducciones lógicas basadas en lo que ya conocemos.

Eso es lo que ocurre con todo lo concerniente a la infancia del Niño Jesús, pero especialmente en la huida a Egipto, episodio sobre el cual trataremos de arrojar luz en estas líneas, empezando con un conciso resumen de los acontecimientos que la precedieron.

Herodes se sumió en la inseguridad y el recelo

Ocho días después del nacimiento del divino Infante, conforme lo preceptuaba la ley de Moisés, tuvo lugar la ceremonia de la circuncisión,

mientras la Sagrada Familia aún estaba en la Gruta de Belén.¹

Más tarde, transcurrido el período de la purificación que toda madre estaba obligada a observar, la Sagrada Familia marcharía a Jerusalén. Aquí Jesús fue presentado por sus padres en el Templo, dando ocasión a la profecía de Simeón: “Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción, para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones” (Lc 2, 34-35).

Tan pronto como este hecho se hizo conocido, comenzó a difundirse rápidamente entre el pueblo la noticia de que el Mesías tan esperado hacía tiempo ya estaba entre ellos. Y la aparición en escena de los Magos de Oriente que iban en busca del rey que acababa de nacer, a fin de adorarlo (cf. Mt 2, 2), no hizo más que confirmar la promisoría novedad...

Todo ese bullicio dejó a Herodes alterado; entonces quiso saber el momento y el sitio exactos donde, según los profetas, habría de venir al mundo el rey de los judíos. Al ver que todas las averiguaciones parecían coadunarse con lo que estaba pasando esos días, el perverso monarca se sumió en la inseguridad y el recelo. Por miedo a perder el trono ordenó que

los niños menores de dos años fueran asesinados en toda Judea.

Solicitud de María y de José a la voz del ángel

A esas alturas de los acontecimientos la Sagrada Familia ya se había marchado de Jerusalén, pues, “cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea” (Lc 2, 39). Por lo tanto, en la santa casa de Nazaret, hoy venerada en Loreto, fue donde “el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: ‘Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto; quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo’” (Mt 2, 13).

Fiel al aviso recibido, el santo Patriarca se yergue sin tardanza y parte con María y el divino Infante hacia la lejana región en la que se quedarían hasta la muerte de Herodes, a fin de que se cumpliera lo predicho por el profeta: “De Egipto llamé a mi hijo” (Os 11, 1).

Por la descripción que consta en el Evangelio se ve claramente que no hubo resistencia alguna a la orden divina por parte de los santos esposos. Al contrario, se levantaron “de noche” (Mt 2, 14) para atender con solicitud al llamamiento del ángel, sin quejarse ante tal contratiempo.



Huida a Egipto
Museos Capitolinos, Roma

Y que, según comenta San Juan Crisóstomo, esto nos sirva de ejemplo para que “cuando comencemos alguna obra espiritual y nos sintamos afligidos por la tribulación, no nos turbe- mos ni dejemos llevar del abatimiento, sino que soportemos con valor y heroísmo todas las contradicciones”.²

Largo y penosísimo viaje

Egipto era una región lejana sobre la cual Herodes no tenía ningún poder. Allí el Niño Dios estaría a salvo de sus perseguidores.

Se cree que esa jornada se realizó a principios de febrero, época en que el penetrante frío del invierno aún se hacía sentir,³ y se estima que la Sagrada Familia habría tardado cerca de dos meses en hacer la ruta a pie, acompañados tan sólo por un borrico que transportaba el equipaje y los víveres.

Para precaverse de la amenaza de Herodes fue necesario elegir el camino menos transitado y, bajo ese aspecto, más seguro. Pero ello les obligó a recorrer más de 130 leguas ex-

*Egipto era una
región lejana sobre
la cual Herodes no
tenía ningún poder.
Allí el Niño Dios
estaría a salvo de
sus perseguidores*

puestos al hambre, a la sed y a la intimidación de los bandoleros.

En su libro sobre San José, Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, subraya que “el viaje fue muy penoso, y ciertos demonios aprovecharon para hacer que los diversos contratiempos resultaran todavía más arduos... Surgieron tantas dificultades y problemas durante el trayecto que San José llegó a pensar en cambiar de destino, y si no lo hizo fue

por causa del mandato celestial y de las profecías que anunciaban el paso del Redentor por Egipto”.⁴

Durante el accidentado desplazamiento, el santo Patriarca hacía todo lo posible por aliviar los sufrimientos de Jesús y su Madre Santísima. Actuaba, según uno de sus biógrafos, como un verdadero arcángel: “Ciertamente, el ángel Rafael no tuvo tanto cuidado en defender a Tobías de la ferocidad del pez que lo quería devorar a orillas del Tigris como San José en guardar al Niño de sus enemigos en esa huida a Egipto”.⁵

Habiendo sido obligado a escapar como un forajido del rechazo e ingratitud de los hombres, el Dios encarnado se veía sometido, ya en su más tierna edad, a pasar por las numerosas dificultades de un largo y penosísimo viaje, durante el cual no tenía más abrigo y comodidad que los brazos de la Virgen y de su santísimo esposo.⁶

Siete años de exilio en Egipto

Cumplidos los dos largos meses de caminata, la Sagrada Familia llegaba, finalmente, a tierras de Egipto.

Conforme narra una piadosa tradición, a medida que iban entrando en los pueblos de aquel país idólatra las imágenes de los falsos dioses, verdaderas representaciones del demonio, caían por tierra y se deshacían en polvo. Así se cumplía la finalidad para la cual, según Orígenes, fueron enviados a Egipto por el Padre eterno: “Ve, le dice el ángel, con el Salvador a la tierra de Egipto, semillero de idólatras, para que sus ídolos sean destruidos, los demonios conturbados y puestos en fuga, y en vez de la multitud de los templos de sus abominaciones se levanten multitudes de Iglesias, conmutándose los vicios en santidad y los errores en verdadera religión”.⁷

No se conoce con certeza el lugar donde estuvieron. Según una tradición la Sagrada Familia se habría establecido en una casita sencilla, en el sitio que hoy ocupa una iglesia copta

ortodoxa de El Cairo. Aunque es más probable que vivieran en las proximidades de Alejandría, donde había florecientes comunidades judaicas.⁸

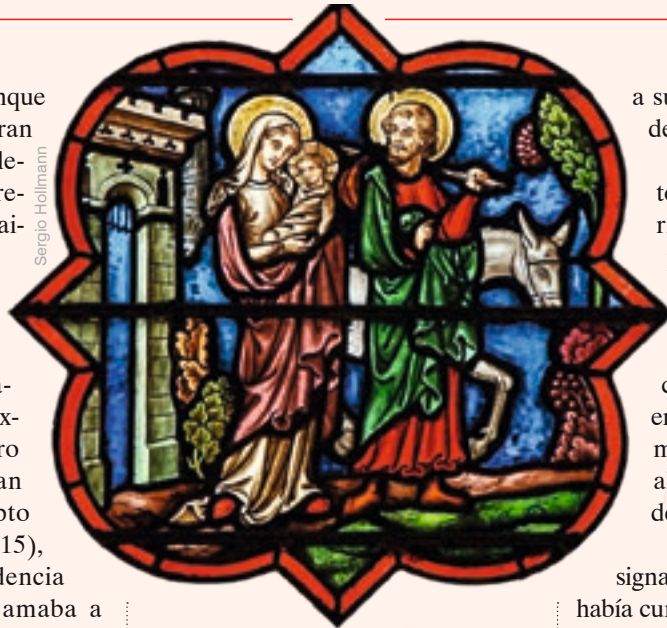
En el ínterin que allí permanecieron, ¡cuánto deseo no tendrían Jesús, María y José de salir de aquella nación extranjera e idólatra! Pero para que se cumplieran las Escrituras: “De Egipto llamé a mi hijo” (Mt 2, 15), quiso la Divina Providencia someter a quienes más amaba a esta terrible prueba, y durante largos meses.

Se cree que los tres primeros días no tenían cómo alimentarse a no ser a través de limosnas que, con mucha dificultad, conseguía el padre nutricio del Redentor. Solamente después de cierto tiempo San José empezó a obtenerles el sustento con su propio trabajo.

Al principio, vivían en tal penuria que el lecho en que dormían no era más que la tierra dura. Hasta la Reina de los Ángeles trataba de auxiliar a su esposo con la labor de sus preciosas manos, realizando tareas de costura y tejeduría.

“Se llamaría nazareno”

Habiendo pasado en esa distante región entre uno y siete años —las opiniones divergen entre los autores⁹— he aquí que “el ángel del Señor se apareció de nuevo en sueños a José en Egipto y le dijo: ‘Levántate,



Huida a Egipto - Catedral de Notre Dame, París

Surgieron tantas dificultades y problemas durante el trayecto que San José llegó a pensar en cambiar de destino; si no lo hizo fue por causa del mandato celestial

te, coge al niño y a su madre y vuelve a la tierra de Israel, porque han muerto los que atentaban contra la vida del niño” (Mt 2, 19-20). Inmediatamente, con el espíritu de prontitud y flexibilidad que le era característico, “se levantó, tomó al niño y

a su madre y volvió a la tierra de Israel” (Mt 2, 21).

Antes de marchar, el santo Patriarca preparó el burro que serviría de transporte para su esposa y su hijo. Sin duda, dejarían mucha nostalgia en las personas de la región que, influenciadas por las virtudes que emanaban de la Sagrada Familia, acabaron abriendo sus almas para adherir a la verdadera religión.

No obstante, el tiempo designado por la Providencia ya se había cumplido. Nuevos sufrimientos les estaban reservados para el penoso viaje de vuelta que tendrían que realizar. Cuántas veces no habrá padecido hambre y sed el Niño Jesús en medio de los áridos desiertos...

Al llegar a Judea, San José se enteró de que Arquelao, hijo de Herodes, había asumido el trono en el lugar de su padre. Por eso en vez de dirigirse a Belén, como habría sido su intención en un primer momento, enfiló hacia Galilea, donde estarían más a salvo de una persecución.

Por mandato del ángel se instalaron nuevamente en Nazaret, ciudad situada en la jurisdicción del tetrarca Herodes Antipas, mucho menos cruel y despótico que su hermano. De este modo, una vez más se cumpliría lo que había sido dicho por los profetas: “Se llamaría nazareno” (Mt 2, 23).

Allí se establecieron y llevaron una vida simple y silenciosa hasta el momento en que el Hijo de Dios debería manifestarse al mundo. ✧

¹ Cf. CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *San José: ¿qui-én lo conoce?...* Madrid: Asociación Salvadme Reina de Fátima, 2017, pp. 244-249.

² SAN JUAN CRISÓSTOMO, apud SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Catena Aurea*. In Matthæum, c. II, vv. 13-15.

³ Cf. LAMY, apud CASTRO, João Batista de. *Vida do Glorioso Patriarca São José*. Lisboa: Santo Ofício, 1761, p. 165.

⁴ CLÁ DIAS, op. cit., pp. 280-281.

⁵ CASTRO, op. cit., pp. 166-167.

⁶ Cf. Ídem, p. 168.

⁷ ORÍGENES, apud CASTRO, op. cit., pp. 169-170.

⁸ Cf. TUYA, OP, Manuel de. *Biblia Comentada. Evangelios*. Madrid: BAC, 1964, v. V, p. 42.

⁹ El exegeta jesuita Andrés Fernández Truyols argumenta a favor de que “el destierro en Egipto no duró más de un año, y tal vez sólo algunos meses”

(FERNÁNDEZ TRUYOLS, SJ, Andrés. *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 1954, p. 73). Mons. João Clá Dias, sin embargo, defiende de acuerdo con Suárez y otros autores que la Sagrada Familia permaneció allí unos siete años (cf. CLÁ DIAS, op. cit., p. 294).

Reparando las infidelidades del pueblo elegido

De camino hacia la tierra prometida el pueblo elegido pecó contra su llamamiento, lo que disgustó bastante al Señor. Pero movido por un entrañable amor hacia su heredad quiso Él obrar la reparación de la ofensa.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Había una razón de sabiduría divina en las duras vicisitudes del viaje. Como señala el Dr. Plinio, “en la huida a Egipto era la Santa Iglesia la que, sola, peregrinaba por el desierto”.

Al encontrarse ahí las primicias del cristianismo, Dios deseaba que la Sagrada Familia reparara todas las infidelidades cometidas por los hebreos cuando salieron de esa nación. Tales pecados, de hecho, fueron los que más lo habían ofendido a lo largo de toda la Historia de la salvación anterior al deicidio, pues la luz primordial de los hijos de Abrahán, o sea, aquel aspecto del Creador que estaban más llamados a representar, consistía en tener una fe total en lo imposible y en lo irrealizable, en creer cuando todo pareciera perdido. Los grandes he-

chos de Abrahán (cf. Gén 22, 10-12), Jacob (cf. Gén 27, 22-23), Ester (cf. Est 14, 1-19) o de los tres jóvenes en el horno encendido (cf. Dan 3, 14-93), entre otros muchos, muestran apropiadamente que la virtud de los grandes santos de ese pueblo se alzaba a lo angélico cuando se veían ante circunstancias sin solución humana.

De camino hacia la tierra prometida el pueblo elegido pecó exactamente contra este llamamiento, lo que disgustó bastante al Señor. Pero movido por un entrañable amor hacia su heredad quiso Él obrar la reparación de la ofensa por medio de sus tres criaturas predilectas. Así, limpio de esta culpa ante la justicia divina, Israel podría recibir dignamente al Mesías y la Redención.

La Sagrada Familia, con este objetivo, se fue deteniendo a lo largo de todo el recorrido en los lugares más simbólicos de la rebelión del pueblo contra Dios, haciendo actos de desagravio. Estuvieron, por ejemplo, junto a la roca de Meribá, donde se produjo la sublevación por la escasez de agua (cf. Éx 17, 1-7; Núm 20, 1-13). Allí rezaron con mucho recogimiento con el propósito de reparar aquel pecado contra la fe; y la Virgen, Madre de Misericordia, pidió especialmente por Moisés para que, con ocasión de su muerte, tuviera su falta borrada y no le fuera imputada en el momento de entrar en el Cielo.

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de: “San José: ¿quién lo conoce?...”. Madrid: Salvadme Reina de Fátima, 2017, pp. 281-283.



Huida a Egipto, por
Cornelis Metsys – Museo Nacional
de Arte de Cataluña, Barcelona

Reproducción



Timothy Ring

Necesidad de la devoción

Nacimos para la vida de la gracia por la omnipotente intercesión de María Santísima y a Ella deben dirigirse nuestras súplicas de progreso espiritual y perseverancia.



Plinio Corrêa de Oliveira

San Luis María Grignion de Montfort dedica el primer capítulo del *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen* a demostrar la necesidad de que seamos devotos de Nuestra Señora. ¿En qué sentido? Trate-mos de explicar esa tesis.

Necesidad de la devoción a la Santísima Virgen

Para que se entienda a dónde desea llegar San Luis, se ha de leer dicho capítulo con mucha atención.

Empieza con un preámbulo y después desarrolla la demostración. En ese prólogo establece cuál es el alcance de la palabra *necesidad*: no intenta decir que Dios necesite absolutamente de Nuestra Señora para salvar a las almas, pues, al ser omnipotente y perfecto, no precisa de nadie. Está por encima de todo y podría haber creado un mundo en el cual Nuestra Señora no existiera y las almas se salvaran sin Ella.

La necesidad de María en la vida espiritual es, por tanto, de otro tipo. Una vez que Dios la creó y le dio, por un acto libérrimo de su voluntad, determinadas perfecciones y atribuciones, entre ellas la medicación universal, la devoción a Ella se hizo necesaria.

En otras palabras, la Iglesia Católica no sustenta que Dios precise de Nuestra Señora, sino que afirma lo siguiente: el Señor quiso que Ella fuera necesaria para nuestra salvación, y así lo dispuso por deliberación de sus superiores designios.

Transcendental importancia de la Encarnación

La demostración que San Luis Grignion hace de la necesidad de la devoción a Nuestra Señora está basada en el papel que Ella tuvo en la Encarnación. Vamos, ante todo, a situar bien el asunto.

La primera tesis que debemos recordar es la de la suma importancia que tuvo la Encarnación en la obra de la Creación. Los teólogos discuten entre sí un punto con respecto a ello. Dicen algunos que si el hombre no hubiera pecado el Verbo eterno no habría tomado nuestra carne; otros afirman que la Encarnación se produciría incluso sin la culpa original.

De ahí concluyen los primeros que, aun habiendo sido un mal, el pecado de Adán comportó una ventaja para el hombre; por eso la liturgia canta el Sábado Santo: *O felix culpa...* – ¡Oh, feliz culpa, que nos mereció tal Redentor! Es decir, sin la caí-

a la Santísima Virgen

da de nuestros primeros padres no habríamos tenido la felicidad de poseer al Salvador.

De una manera u otra, ya sea admitiendo esta o aquella tesis, debemos reconocer que la Encarnación del Verbo no es un episodio entre otros en la Historia de la humanidad, sino, como la Redención, un hecho culminante.

Al ser Dios *Aquel que es*, excepción hecha de la generación del Verbo y de la procesión del Espíritu Santo, nunca ha pasado nada que, ni de lejos, pudiera ser tan importante como la Encarnación de la segunda Persona de la Santísima Trinidad. Se trata de un hecho relacionado con la propia naturaleza divina; y lo que concierne a Dios es incomparablemente más relevante que aquello que se refiere al hombre. La Encarnación trasciende a todo en importancia, y a ella está vinculada, de modo íntimo, la Redención.

El papel de Nuestra Señora en los planes divinos

Por ese motivo, el papel que Nuestra Señora desempeña en la Encarnación pone de relieve el alcance mismo que Ella disfruta de todos los planes divinos, focalizando precisamente lo que éstos tienen de más importante y fundamental.

Nos parece admirable, por ejemplo, el hecho de que Nuestro Señor escogiera a Constantino para sacar a la Iglesia de las catacumbas; pero ¿qué es esto en comparación con haber elegido a Nuestra Señora, desde toda la eternidad, para que en Ella fuera engendrado el Salvador? Nada, absolutamente. Admiramos enorme-

mente a Anchieta porque evangelizó Brasil; ahora bien, ¿qué es evangelizar un país al lado de cooperar en la Encarnación del Verbo? ¡Nada!

Pongamos que se trata de salvar al mundo de la crisis actual y de restablecer el Reino de Cristo y supongamos que Nuestro Señor escoge a un solo hombre para dicha tarea. Consideraríamos formidable esa misión, y con razón. No obstante, ¿qué sería esto ante la misión de Nuestra Señora? ¡Nada! Ella se sitúa en un plano sin comparación al papel histórico de cualquier persona, incluso al de San Pedro, a pesar de haber sido el primer Papa.

Con respecto a Nuestra Señora uno siempre se ve obligado a repetir la expresión: “sin comparación”. Ella revienta el vocabulario humano. Existe tal desproporción ente Ella y las demás criaturas que la única cosa segura es decir “sin comparación”...

Recordadas estas nociones, hemos de concluir que estudiar la participación de Nuestra Señora en la Encarnación es analizar su papel en el acontecimiento más importante de todos los tiempos, junto con la Redención. ¿Y qué papel era ése?

San Luis Grignon responde considerando la participación de las tres Personas de la Santísima Trinidad en la Encarnación y luego la cooperación de Nuestra Señora con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo.

Cooperación con el Padre eterno

Conforme el lenguaje de las Escrituras, Jesucristo fue enviado al mundo por el Padre eterno para salvar a los hombres. El Antiguo Testamento, en una de sus profecías, afirma sobre Nuestro Señor: “Aquí estoy —como



João S. Clá Dias



Thiago Tamura Nogueira

La Iglesia Católica no sustenta que Dios precise de Nuestra Señora, sino que afirma lo siguiente: el Señor quiso que Ella fuera necesaria para nuestra salvación

Plinio Corrêa de Oliveira, en Saint-Laurent-sur-Sèvre, besando una imagen esculpida por San Luis María Grignon de Montfort; y Mons. João Scognamiglio Clá Dias, la imagen de María Auxiliadora de la casa Thabor, de Caieiras. En la página anterior, Nuestra Señora Sede de la Sabiduría - Casa Bela Vista, Mairiporã

está escrito en mi libro— para hacer tu voluntad” (Sal 39, 8-9).

Jesucristo habla constantemente de su Padre celestial como siendo el que lo envió y se manifestó en Él en cuanto su Hijo amado. Fue al Padre a quien invocó cuando entregó su alma, diciendo: “A tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23, 46).

Ahora bien, si el Padre eterno nos mandó a Jesucristo, ¿qué papel tuvo Nuestra Señora en ese acto?

Debemos considerar, en primer lugar, que el mundo no era digno de recibir a Nuestro Señor Jesucristo. Si nos fue enviado por el Padre eterno, lo era a causa de la Santísima Virgen, que imploró su venida. Y Él lo entregó a María por ser la única digna de recibirlo.

Desde esa perspectiva se entiende mejor la queja que el Evangelio de San Juan contiene: “Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron” (Jn 1, 11). Los suyos no lo recibirían, pero Nuestra Señora lo acogería de modo sublime y por eso Él vino: porque la encontró en el mundo, en caso contrario no habría bajado del Cielo.

La aparición de Cristo sobre la tierra es, por tanto, fruto de la presencia y de las oraciones de la Virgen Santísima. De esta forma colaboraba Ella con el acto del Padre eterno por el cual Jesús fue mandado al mundo.

La fecundidad de Dios Padre es infinita, hasta el punto de que la idea formada por Él de sí mismo engendra una Persona divina. Pues bien, esa fecundidad fue transmitida a Nuestra Señora, para que Ella engendrara a Jesús y a todos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo.

Nuestra Señora es, por consiguiente, Madre de los fieles, pero no sólo en el sentido alegórico y metafórico de querernos bien: lo es verdaderamente en el orden de la gracia. Y si esa maternidad divina existe significa que el Padre eterno le comunicó de alguna forma su propia fecundidad.

Aplicaciones para nuestra vida espiritual

Tanto del hecho de que Nuestra Señora mereciera con sus oraciones la venida del Mesías, como de que recibiera la fecundidad del Padre eterno, podemos sacar lecciones para nuestra vida espiritual. Para eso debemos primeramente analizar a la Santísima Virgen en su celo por la causa de Dios.

En su oración, sin duda observaba la situación de extrema miseria moral

en la que había caído el pueblo elegido y deseaba ardientemente que Israel fuera elevado nuevamente a su antigua condición. Consideraba también la decadencia de la humanidad, conociendo mejor que nadie la de almas que se perdían en aquella era pagana, y veía a Satanás imperar sobre el mundo.

María Santísima entonces hizo, en la tierra, el papel de San Miguel, en el Cielo: su oración, rogando que Dios viniera al mundo, equivale al “*Quis ut Deus?*”¹ del arcángel. Ella es la que se levanta contra ese estado de cosas; sólo Ella tiene una súplica lo bastante poderosa como para asestar un golpe que todo lo transforma.

Luego la plenitud de los tiempos concluye: Nuestro Señor Jesucristo nace y toda la humanidad es reconstruida, regenerada, elevada y santificada. Las almas empiezan a salvarse en profusión, las puertas del Cielo se abren, el Infierno es aplastado, la muerte es destruida, la Iglesia Católica florece sobre la faz de la tierra. Y todo ello como efecto de la oración de Nuestra Señora.



La fecundidad de Dios Padre le fue transmitida a Ella para que engendrara a Jesús y a todos los miembros de su Cuerpo Místico

La Anunciación, por Fra Angélico
Museo del Prado, Madrid

¿No es verdad que, también desde ese aspecto, Ella se nos presenta como un modelo? ¿No debemos querer en nuestros días la victoria de Nuestro Señor, como María Santísima la deseó en su época? ¿No hay una analogía absoluta entre el ardor con que Ella quiso la instauración del Reino de Cristo en la tierra y el fervor con que debemos desearlo? ¿No es verdad que si su oración fue necesaria para la realización de la Encarnación, también es indispensable para conseguir en el momento actual la victoria de Jesucristo en el mundo? Cuando nos extenuamos en la lucha por el triunfo de Dios, ¿nos acordamos de rezar a Nuestra Señora? Cuando le rezamos, ¿nos acordamos de pedirle esa gracia?

¿No sería una buena oración que, por ejemplo, al contemplar el misterio de la Anunciación durante la primera decena del Rosario, tuviéramos en mente a Nuestra Señora pidiendo la venida del Salvador, y le rogáramos a Ella que Jesucristo nuevamente triunfara en el mundo, con una futura victoria de la Iglesia Católica? ¿No tenemos ahí una buena aplicación de ese misterio para la vida espiritual? ¿No es así como ésta debe ser vista, vivida y conducida? ¿Esto no es mucho más sólido que un arrastrado murmullo piadoso?

Sin duda que es con estas verdades de fe con las que se alimentan la piedad y toda la vida espiritual.

Piedad basada en principios, no en sentimientos

Contemplemos a Nuestra Señora apresurando, con su oración, la venida del Mesías. Ahora bien, si Nuestro Señor viene a nosotros también en la comunión, podemos y debemos pedir a la Virgen María, cuando nos prepara-



Fresco de la Madre del Buen Consejo
Genazzano (Italia)

*¿No debemos
querer en nuestros
días la victoria
de Nuestro Señor,
como María
Santísima la deseó
en su época?*

mos para recibir a su divino Hijo, algo de los sentimientos con que Ella lo acogió en el momento de la Encarnación.

Y si deseamos obtener para alguien la gracia de la comunión diaria, ¿no será útil pedirle a Nuestra Señora que consiga para aquella alma la recepción cotidiana de Nuestro Señor, recordándole la eficacia de la oración con la que Ella obtuvo la venida de Jesucristo al mundo?

Consideremos, por otro lado, la participación de Nuestra Señora

en la fecundidad del Padre eterno para engendrar miembros del Cuerpo Místico de Cristo.

Cuando pasamos cerca de algún baptisterio debemos acordarnos de hacer una oración a la Santísima Virgen, rogándole que nos conserve, hasta la muerte, en la correspondencia a la gracia del Bautismo. Fue ante una pila bautismal que entramos al seno de la Iglesia Católica, nacimos para la vida sobrenatural y, por la oración de Nuestra Señora y por la fecundidad de Dios nuestro Señor, fuimos engendrados como miembros del Cuerpo Místico de Cristo, del cual María es su verdadera Madre.

Y si nos acordamos aún de que nacimos para la vida de la gracia por la misma omnipotente intercesión de la Santísima Virgen, entonces encontraremos que todo nos permite pedirle a Ella que nos conserve en las celestiales dádivas del Bautismo y nos colme con la virtud del sentido católico, coronación de esa unión extremadamente íntima con Cristo.

La piedad debe consistir en formar disposiciones de espíritu basadas en esos principios enseñados por la Iglesia y por la teología, y no en meros sentimientos. Tales enseñanzas engendran un amor a Nuestra Señora muy serio y muy sólido. Así es como se construye la verdadera devoción a María y se consolida la auténtica vida espiritual. ✧

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de la revista "Dr. Plinio". São Paulo. Año VII. N.º 74 (Mayo, 2004); pp. 20-25.

¹ Del latín: "¿Quién como Dios?"

Silencio y meditación

Agudicemos los oídos hasta que percibamos los elocuentes susurros que Cristo dirige a nuestro corazón. La valentía de los mártires, la sabiduría de los doctores y la elocuencia de los predicadores están arraigadas en esta tan eficaz vía de santificación.



Hna. Clara Tamara Victorio Penin, EP

Sólo después de un largo período de descanso es cuando el buen vino alcanza su verdadero sabor. Y los matices que adquiere con el paso del tiempo se vuelven ricos e intensos en función del mayor o menor número de años que ha pasado en aparente inactividad.

Ese proceso de maduración evoca uno de los más eficaces e indispensables medios usados por la Providencia para santificar a los hombres: largos períodos de silencio y meditación. Sí, pues al igual que el vino madura en la bodega, el alma humana se acrisola en el recogimiento.

Así como el cuerpo necesita descanso y alimento...

Actualmente vivimos en medio de la ansiedad y el ajeteo. Gran parte de la humanidad, aturrida con las ocupaciones cotidianas, tiene los horizontes entoldados para lo sobrenatural. ¿Cuántos al despertarse o en cualquier otro momento del día elevan su pensamiento hacia Dios para alabarlo, indagar sobre el sentido de la existencia o al menos agradecerle rápidamente los bienes recibidos de Él?

Ahora bien, si para obtener las energías necesarias del trabajo diario hace falta descansar y alimentar el cuerpo, es indispensable para nuestra alma que cuente con momentos de recogimiento, en los cuales pueda recobrar el ánimo perdido en las luchas pasadas y fortalecer la voluntad para las futuras. Sin esto no conseguirá recorrer, sin que zozobre, los mares tempestuosos que inundan este valle de lágrimas.

Nuestra vida, enseña Mons. João Clá Dias, “debe ser conducida con una mezcla de acción y recogimiento. Es en la oración donde el hombre de fe recupera sus energías y adquiere nuevas fuerzas para emprendimientos más osados”.¹

Sin embargo, hay bastante gente a nuestro alrededor que afirma que para ser buen cristiano no es imprescindible emplear el tiempo en meditaciones y oraciones. Y más numerosos aún son los que simplemente omiten las prácticas de piedad so pretexto de estar muy atareado...

Quien no tiene el debido cuidado con su propia alma acaba volviendo estériles todos sus actos, incluso los meramente humanos. Toda obra que no está unida a Jesús, tarde o temprano, se torna infructífera.

La oración es indispensable para lograr la santidad

Al subir Jesús a la montaña con sus discípulos (cf. Jn 6, 3) nos está dando el ejemplo de cuán necesario es para el hombre huir del bullicio mundano, a fin de que la voz de Dios pueda susurrar en lo íntimo de los corazones palabras de aliento y de paz. El silencio y la soledad son nuestros más elocuentes interlocutores.

Cuenta Santa Teresa del Niño Jesús haber sentido desde pequeña una fuerza misteriosa y suave que la llamaba a recogerse en un rincón de su cuarto invitándola a la reflexión. ¿En qué se ocupaba su mente en esos momentos? “Pienso en el Cielo”, respondió en cierta ocasión. Y, al mismo tiempo, notaba un delicado toque de la gracia que le enseñaba a experimentar la presencia de Dios a su lado.

Tras convertirse en carmelita percibiría a menudo profunda aridez en las horas de meditación. Pero, aún así, “al terminar las oraciones Teresa se hallaba enriquecida con luces tan vivas que llegaban a sorprenderla”.²

De la vida toda de la carmelita de Lisieux el P. Thomas de Saint-Laurent saca esta gran lección: “La oración es indispensable para lograr la

santidad y para ejercer un apostolado fecundo”.³ Y añade que el desprecio por la oración ha sido una de las causas del “triste siglo en que vivimos, siglo de mediocridades triunfantes y de corazones desorientados”.⁴

En Él está la fuente de toda sabiduría

Santo Tomás de Aquino, el Doctor Angélico, hombre de inteligencia admirable, decía que había aprendido mucho más durante las horas que pasó ante el Santísimo Sacramento que en todos sus años de estudio. ¿Y esto por qué?

La respuesta nos la da el autor sagrado: “Reflexiona sobre los preceptos del Señor y medita siempre sus mandatos. Él mismo fortalecerá tu corazón, y te será concedida la sabiduría que desees” (Eclo 6, 37).

En su famosa *Filotea* San Francisco de Sales acrecienta: “Permaneciendo cerca del Salvador por la meditación y observando sus palabras, sus acciones y sus afecciones, aprendemos por medio de su gracia a hablar, obrar y querer como Él”.⁵

“Buscad el Reino de Dios y su justicia...”

Subraya el Santo Cura de Ars que “el tesoro del cristiano no está en la tierra, sino en el Cielo. Por eso, nuestro pensamiento debe estar orientado hacia donde está nuestro tesoro”.⁶ Y concluye: “El hombre tiene un hermoso deber y obligación: orar y amar”.⁷

¿De qué nos vale consumirnos en interminables trabajos y ocupaciones con el objetivo de conquistar un beneficio material que fácilmente se evapora, en lugar de dedicarnos a conseguir nuestro tesoro imperecedero? Alimentar la vida espiritual es mucho más importante que ir atrás de los bienes terrenos.

En el Sermón de la montaña el divino Maestro nos invita a buscar en primer lugar el Reino de Dios y su justicia; si así lo hacemos, todo lo demás se nos dará por añadidura (cf. Mt 6, 33). Tomando esta divina enseñanza como norte de nuestras vidas, nuestras almas se llenarán de fuerza y atraeremos sobre nosotros el auxilio de los santos ángeles, enviados por Dios para iluminarnos, custodiarnos, regirnos y gobernarnos.

Difícil será que esa ayuda celestial llegue a los extremos de una Santa Zita, humilde empleada, cuyas tareas domésticas eran desempeñadas por los espíritus celestes mientras ella “huía del servicio” para convivir con Jesús Sacramento. O de un San Isidro Labrador que encontraba el campo milagrosamente surcado por los bueyes al finalizar sus prolongadas oraciones. Aunque la Providencia no dejará de hacernos sentir de alguna forma su auxilio protector.

Siempre bien recibidos por nuestro Padre celestial

Sólo después de haber experimentado el poder del recogimien-

to, podremos entender lo que nos dice el salmista: “Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos, ni entra por la senda de los pecadores, ni se sienta en la reunión de los cínicos; sino que su gozo es la ley del Señor, y medita su ley día y noche. Será como un árbol plantado al borde de la acequia: da fruto en su sazón y no se marchitan sus hojas; y cuanto emprende tiene buen fin” (Sal 1, 1-3).

A medida que sepamos adentrarnos en la práctica del silencio y de la soledad, nuestra vida sobrenatural dará pasos cada vez más firmes y decididos. Y aunque no consigamos recogerlos en los momentos de meditación como nos gustaría, o no sintamos nuestro corazón latir devotamente durante la conversación con el Altísimo, siempre podremos tener la certeza de estar siendo recibidos con alegría por nuestro Padre celestial, al cual mucho le agrada la oración de sus hijos.

Sepamos buscarlo en nuestro claustro interior. Agudicemos los oídos hasta que percibamos los elocuentes susurros que Cristo dirige a nuestro corazón, seguros de que la valentía de los mártires, la sabiduría de los doctores, la elocuencia de los predicadores y, en suma, la virtud de los santos, están arraigadas en esta tan eficaz vía de santificación. ✧

Leandro Souza

¹ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. Los panes más excelentes de la Historia. In: *Lo inédito sobre los Evangelios*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2014, v. IV, p. 257.

² SAINT-LAURENT, Thomas de. *Santa Teresa do Menino*

Jesús. Porto: Civilização, 1997, p. 23.

³ Ídem, p. 24.

⁴ Ídem, p. 26.

⁵ SAN FRANCISCO DE SALES. *Filoteia ou Introdução à vida devota*. Petrópolis: Vozes, 2012, p. 89.

⁶ SAN JUAN MARÍA VIANEY. Catecismo sobre a oração. In: COMISSÃO EPISCOPAL DE TEXTOS LITÚRGICOS. *Liturgia das Horas*. Petrópolis: Vozes; Paulinas; Ave-Maria, 2000, v. III, p. 1469.

⁷ Ídem, ibídem.

La amistad verdadera

Humanamente hablando, es imposible en la tierra. Si ponemos nuestra confianza en las cualidades humanas de los demás, acabaremos decepcionándonos. Entonces, ¿cuál es el criterio para elegir a un amigo en quien se pueda confiar verdaderamente?



Hna. Adriana María Sánchez García, EP

En el ser humano el instinto de sociabilidad es muy sensible y más profundo aún que el de conservación, hasta el punto de que Aristóteles llega a afirmar que “el que no se comunica con los demás es o un bruto, o un dios”.¹

Precisando la ruda afirmación del filósofo, Santo Tomás de Aquino explica que únicamente hay dos tipos de personas capaces de vivir en soledad: los anacoretas o quienes, por “la crueldad de su ánimo”,² se volvieron animales salvajes. Los primeros se retiraron al desierto para entregarse mejor a Dios; los segundos se apartaron de la convivencia con los hombres porque no resisten su compañía.

Todo hombre precisa de amigos para practicar el bien

En la vida en sociedad todo hombre siente el natural deseo de encontrar a alguien que lo apoye en sus dificultades, comparta sus ideales y sueños y sea, al mismo tiempo, objeto de su benevolencia.

Dos individuos juntos, dice el Eclesiastés, son más felices que uno solo, porque “si uno cae, el otro lo levanta; pero ¡pobre del que cae estando solo, sin que otro pueda levantarlo”

(4, 9-10). Y Santo Tomás añade que el hombre feliz necesita amigos “para hacerles bien, y para que, al verlos, le agrade hacer el bien, y también para que le ayuden a hacerlo”.³

San Francisco de Sales insiste en la importancia del apoyo recíproco cuando dice: “Los que viven entre los mundanos y abrazan la verdadera virtud necesitan aliarse unos a los otros en una santa y sagrada amistad, pues por medio de ella se animan y se ayudan mutuamente a obrar el bien. [...] Los que andan por caminos escabrosos y resbaladizos se cogen unos a otros, para caminar con más seguridad; [...] los que están en el mundo necesitan esas particulares amistades para apoyarse y socorrerse los unos a los otros en medio de los difíciles pajes que han de atravesar”.⁴

El hombre, en suma, precisa de amigos “para practicar el bien, tanto en las obras de la vida activa como en las de la vida contemplativa”.⁵ No obstante, ¿quién encontrará el gran tesoro de una auténtica amistad, en la cual podrá confiar ciegamente, seguro de no ser defraudado nunca?

Existen sólo dos amores

La verdadera amistad es identificada por Aristóteles como el amor

que entraña benevolencia, que hace desear el bien a aquel por quien uno siente afecto.⁶ Y siendo la bienaventuranza eterna el supremo beneficio a que todo hombre debe aspirar, se concluye que solamente es posible una forma de amistad genuina: la que lleva a querer bien al otro por amor a Dios, anhelando para él la santidad.

San Agustín⁷ enseña que en el mundo no hay más que dos amores: el amor a Dios llevado hasta el olvido de sí mismo y el amor a sí mismo llevado hasta el olvido de Dios. No existe una tercera opción.

En la amistad verdadera no cabe el sentimentalismo, que no es amor, sino mero deseo de sentir emociones que nos agraden. Quien busca relacionarse con los demás para satisfacer su propia sensibilidad, sin buscar el bien del prójimo, se ama a sí mismo y no a Dios. Desea ser querido, admirado y comprendido por sí mismo, por sus propias cualidades, sin remontarse a Dios.

La amistad perfecta se fundamenta en la virtud

Humanamente hablando, la amistad verdadera es imposible en esta tierra. Al haber sido concebidos con el

pecado original somos susceptibles de caídas mientras vivimos en este valle de lágrimas.

Embebido de ese principio de sabiduría, aconseja el Eclesiástico: “Si haces un amigo, ponlo a prueba, y no tengas prisa en confiarte a él. Porque hay amigos de ocasión, que no resisten en el día de la desgracia” (6, 7-8).

Si ponemos nuestra confianza en las cualidades naturales de los demás, tarde o temprano acabaremos decepcionándonos. Por eso advierte el profeta Jeremías: “Maldito quien confía en el hombre, y busca el apoyo de las criaturas, apartando su corazón del Señor” (Jer 17, 5). En Dios, en la Virgen y en los santos es donde debemos depositar todas nuestras esperanzas.

En el momento de elegir un verdadero amigo hay, por lo tanto, un criterio siempre infalible: cuanto más unida está una persona a Dios, más es digna de confianza.

En su *Introducción a la vida devota* el gran San Francisco de Sales advierte: “No entables amistad sino con aquellos que puedan transmitirte cosas virtuosas; y cuanto más exquisitas sean las virtudes con las que tratas, más perfecta será tu amistad. Si comunicas ciencia, tu amistad es, ciertamente, muy loable; y lo es todavía más si esa comunicación tiene por objeto las virtudes de la prudencia, discreción, fortaleza y justicia. Pero si vuestra mutua y recíproca comunicación es hecha de caridad, de devoción, de perfección cristiana, ¡oh, Dios mío, qué preciosa será esta amistad! Será excelente porque viene de Dios, excelente porque tiende a Dios, excelente porque su vínculo es Dios, excelente porque durará eternamente en Dios”.⁸

Estar dispuesto a dar la vida por el otro

La bienquerencia y el amor mutuo son, según las enseñanzas del Salvador, el signo distintivo entre los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas: “En esto conocerán todos que sois



Francis Boulay

San Francisco de Sales - Parroquia de San Pedro Apóstol, Montreal (Canadá)

El gran San Francisco de Sales advierte: “No entables amistad sino con aquellos que puedan transmitirte cosas virtuosas”

discípulos míos: si os amáis unos a otros” (Jn 13, 35).

Sin embargo, obrar con caridad con relación al prójimo exige, en este valle de lágrimas, estar dispuesto a un verdadero holocausto. Por eso, inmediatamente después de repetir el mandamiento nuevo, el divino Maestro les enseña a sus discípulos: “Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15, 13).

Hace falta estar dispuesto a dar la vida por el otro a cada instante, sabiendo sacrificarse por el beneficio de su alma, aunque eso suponga soportar un martirio diario, ofrecido por amor a Dios.

El amor al prójimo, enseña Cornelio a Lápide,⁹ se demuestra por cinco medios: tener humildad, renunciar a nuestra voluntad propia, preferir la caridad por encima de todo, ser paciente con los otros y esforzarnos en calmar y sufrir sus impacencias y sus iras. Si sabemos seguir estas enseñanzas del célebre exegeta jesuita se diría también de nosotros aquello que se afirmaba de los primeros cristianos: “El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma” (Hch 4, 32).

Analizar a los demás en función de Dios

Para que todos nos mantengamos unánimes y concordes con “un mismo amor y un mismo sentir” (Flp 2, 2) es necesario que no hagamos nada con espíritu de partidismo o vanagloria. Cada uno de nosotros, por el contrario, debe tener en vista los intereses de los otros antes que los de uno mismo.

Dios “no nos trata como merecen nuestros pecados ni nos paga según nuestras culpas” (Sal 102, 10). Al convivir con otros no podemos, por tanto, analizarlos en función de sus pecados, sino en función del amor que nuestro Salvador tiene por cada uno.

Él “quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tim 2, 4), y esto nos invita, como tantas veces lo hace el propio Dios, a pasar por alto mil y una miserias que hay actualmente en cada uno de nosotros y a que nos fijemos en lo que hemos sido llamados a ser en la vida eterna.

El Prof. Plinio Corrêa de Oliveira,¹⁰ para figurar esta cuestión, comparaba el alma humana a una acacia: vista de lejos es lindísima, llena de flores coloridas; pero cuando se la mira de cerca se perciben vulgares espi-

nas, insectos, suciedades y otras muchas imperfecciones.

Al considerar a los otros debemos procurar admirar las cualidades que Dios ha puesto en ellos. Y si la proximidad de la convivencia nos pone en evidencia sus defectos, tratemos de tener siempre en la mente la visión noble y transcendente que tuvimos al contemplarlos en función de su vocación.

Sólo así tendremos fuerzas para mantener unas relaciones repletas de respeto, consideración y afecto, incluso con aquellos que no nos tratan bien.

La amistad no puede conciliarse con el pecado

Evitar mirar los defectos de los otros no significa, sin embargo, aprobación o connivencia con ellos.

Al relacionarse con otra persona es casi imposible que uno no se inflencie por sus cualidades o defectos. Esto nos lleva, según San Francisco de Sales, a ser vigilantes, pues “cada uno ya tiene bastante con sus malas inclinaciones y no necesita echarse sobre sí las de los demás; y la amistad no sólo no exige esto, sino que, al contrario, nos obliga a ayudarnos unos a otros, para librarnos mutuamente de toda clase de imperfecciones”.¹¹

En consecuencia, el santo doctor nos invita a “soportar con delicadeza al amigo en sus imperfecciones, pero sin reforzarlo más en ellas, por las adulaciones, y mucho menos trasladarlas a nosotros por complacencia”.¹²

En el momento en que el otro se aleja de Dios por el pecado, sólo nos quedan dos posturas: en cuanto aún haya esperanza de que se corrija, debo auxiliarlo, pues “es una amistad débil o mala ver a un amigo peccar y no socorrerle, verle morir de una apostema y no atreverse a clavarle el bisturí de la corrección para salvarle”;¹³ pero si se obstina en el mal de manera que ya no sea susceptible de enmienda, debemos apartarnos de él porque “la verdadera y viva amistad no puede perdurar entre los pecados”.¹⁴

“Una de las señales más seguras de una falsa amistad es verla que se mantiene hacia una persona viciosa”,¹⁵ concluye San Francisco de Sales. Por eso el Eclesiástico nos advierte: “Apártate de tus enemigos y sé cauto incluso con tus amigos” (6, 13).

Ejemplos sacados de la Sagrada Escritura

En el Antiguo Testamento encontramos ejemplos de amistades paradigmáticas, fundadas en el amor a

Dios, entre las cuales la que floreció entre Rut, la moabita, y su suegra Noemí.

Tras la muerte de su marido y de sus dos hijos, Noemí decidió regresar a Judá y les aconsejó a sus dos nueras que volvieran a su casa materna. Sin embargo, Rut quiso quedarse con ella: “Iré adonde tú vayas, viviré donde tú vivas; tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios” (Rut 1, 16).

Por encima de la simpatía natural que sentía por Noemí y los lazos terrenos que las unían, flotaba sobre el espíritu de Rut la admiración por la religión judía. Prefería rendir culto al único y verdadero Dios junto a su piadosa suegra que regresar al paganismo en el que había nacido.

También David y Jonatán nos dieron un luminoso ejemplo de amistad. Este último era hijo del rey Saúl y le correspondía heredar el trono de Israel. No obstante, al ver a David por primera vez, después de la derrota que éste infligió al gigante filisteo, “lo amó como a sí mismo” (1 Sam 18, 1). Lejos de envidiar a aquel pobre pastor de ovejas que el pueblo aclamaba como héroe, se llenó de admiración.

Habiendo discernido el altísimo designio de Dios que recaía sobre la persona de David, el hijo de Saúl re-



Reproducción

Por encima de la simpatía natural que sentía por Noemí flotaba sobre el espíritu de Rut la admiración por la religión judía

Rut decide quedarse con Noemí - Biblia de San Luis IX (s. XIII), Biblioteca y Museo Morgan, Nueva York

nunció a su propia condición: “Tú reinarás sobre Israel y yo seré tu segundo” (1 Sam 23, 17).

Los doce pares de Carlomagno

Mucho más numerosos son los ejemplos de genuina amistad en la Historia de la cristiandad, época fundada en el mandamiento del amor y fecundada por la Preciosísima Sangre de Cristo.

Uno de ellos se encuentra en los doce pares de Carlomagno, nobles guerreros honrados con la mayor confianza por el gran patriarca de la Europa medieval. Luchaban siempre al lado del emperador y su misión era tal que los convirtió en modelo de fidelidad para todos los tiempos.

Se narra, por ejemplo, que cuando Roland agonizaba mortalmente herido en pleno campo de batalla sintió que alguien se le acercaba y como ya no veía con claridad pensó que era un enemigo. Le asestó entonces un espadazo en la cabeza con tanta fuerza que casi se la abrió.

Pero se trataba de su amigo Olivier que había ido a socorrerlo... Al escuchar el grito de dolor, Roland reconoció enseguida la voz de su compañero y, afligido, le preguntó: “¿Te he herido?”. No obstante, la amistad entre ellos era tan fuerte que Olivier respondió, sin una pizca de resentimiento o pena de sí mismo: “No, hermano mío. No me ha pasado nada, estoy aquí para ayudarte”.

Bienquerencia y desprendimiento en el Brasil de antaño

A Lucilia Ribeiro dos Santos Corrêa de Oliveira, dama de la aristocracia paulista nacida a finales del siglo XIX, le gustaba recordar un hecho que le ocurrió a su padre, que bien ilustra cómo eran las relaciones humanas en el Brasil de aquella época.

Siendo ella muy joven el barón de Araraquara visitó la hacienda que

Esos episodios históricos no son nada en comparación con el supremo ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo

sus padres, Antonio y Gabriela, tenían en Pirassununga (municipio del estado brasileño de São Paulo). Viendo lo mal que estaba organizada se ofreció a ayudar a su amigo y le pidió que se la dejara enteramente en sus manos por un período de cinco años.

El Dr. Ribeiro dos Santos asintió sin ningún problema. Poseía dotes extraordinarias para ejercer la abogacía, pero muy pocas cualida-

des para gobernar una hacienda. Durante ese tiempo se limitó a proporcionarle el dinero que le solicitaba su amigo sin pedirle explicaciones.

Transcurrido el plazo estipulado, el barón se encontró con el Dr. Ribeiro y le dijo: “Todavía no me ha preguntado usted nada sobre su hacienda. ¿Quiere ir a visitarla mañana?”.

Al día siguiente los dos viajaron a Pirassununga y encontraron la hacienda renovada, completamente en orden y productiva.

Cristo cargó sobre sí nuestros dolores

Por muy conmovedores que nos puedan parecer esos episodios históricos no son nada en comparación con el supremo ejemplo dado por Nuestro Señor. Acaso no fue Él quien dijo: “Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer” (Jn 15, 15).

Tan sublime afirmación no se aplica solamente a los Apóstoles, sino a todos los bautizados. Cristo aguantó nuestros dolores y soportó nuestros sufrimientos (cf. Is 53, 4), abriéndonos así el camino de la salvación. Nos enseñó a dar la vida por nuestros amigos dándonos un incomparable, perfecto e infinito ejemplo de ello. Sepamos ser recíprocos, amando con todas nuestras fuerzas al Dios que se hizo pequeño por amor a nosotros. ✧

¹ ARISTÓTELES, apud SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 188, a. 8, ad 5.

² SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., II-II, q. 188, a. 8, ad 5.

³ Ídem, I-II, q. 4, a. 8.

⁴ SAN FRANCISCO DE SALES. *Introduction à la vie dévote*. In: *Œuvres complètes*. Annecy: J. Niérat, 1893, t. III, p. 204.

⁵ SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., I-II, q. 4, a. 8.

⁶ Cf. ARISTÓTELES, apud SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*, II-II, q. 23, a. 1.

⁷ “Dos amores fundaron, pues, dos ciudades, a saber: el amor propio hasta el desprecio de Dios, la terrena, y el amor de Dios hasta el desprecio de sí propio, la celestial. La primera se gloria en sí misma, y la segunda en Dios, porque aquella busca la gloria de los

hombres, y ésta tiene por máxima gloria a Dios, testigo de su conciencia. Aquella se engríe en su gloria, y ésta dice a su Dios: ‘Vos sois mi gloria y el que me hace ir con la cabeza en alto’”. (SAN AGUSTÍN. *La Ciudad de Dios*. In: *Obras*. Madrid: BAC, 1958, t. XVII, pp. 985-986).

⁸ SAN FRANCISCO DE SALES, op. cit., pp. 202-203.

⁹ Cf. CORNELIO A LÁPIDE. *Amor al prójimo*. In: *BARBIER, SJ, Jean-André (Org.)*.

Tesoros de Cornelio a Lápide. Madrid-Barcelona: Miguel Olamendi; Herederos de la Viuda Plá, 1866, t. I, p. 93.

¹⁰ Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. *Conferencia*. São Paulo, 25/11/1989.

¹¹ SAN FRANCISCO DE SALES, op. cit., p. 214.

¹² Ídem, p. 215.

¹³ Ídem, ibídem.

¹⁴ Ídem, ibídem.

¹⁵ Ídem, ibídem.

Nuestra Señora de la Esperanza

En plena guerra franco-prusiana, cuando la pequeña ciudad francesa de Pontmain estaba a punto de ser invadida, una bellísima Dama se apareció en el cielo. Esa misma noche, la aflicción se volvió esperanza.



Hna. Angelis David Ferreira, EP

Aquel 15 de enero de 1871 el año todavía estaba en sus comienzos y llegaba a la pequeña ciudad de Pontmain, situada a unos 325 km de París, trayendo todas las esperanzas y las aprensiones propias de los albores de un nuevo período.

En esa población de tan sólo 500 habitantes el abate Michel Guérin, gran devoto de la Santísima Virgen y párroco de la iglesia matriz desde hacía treinta y cinco años, solía reunir a la gente a diario para rezar el Rosario. Los campesinos siempre acudían a la oración con alegría, pero aquella tarde la situación era un poco diferente: el miedo y la inseguridad desolaban a los fieles. Por mucho que el sacerdote trataba de animarlos con canciones, no se veían más que lágrimas en las caras.

¿Cuál era la razón de tamaña tristeza?

Francia y Alemania estaban en guerra. Corría la noticia de que el ejército prusiano había llegado a las puertas de Laval y ya se acercaba a Pontmain.

Una distinguida mujer se aparece en el cielo

En esa trágica semana de invierno la nieve cubría toda la ciudad; la escarcha revestía ventanas y tejados.

Dos días después de la escena narrada más arriba los niños de la familia Barbedette se encontraban en su

casa hablando sobre la ausencia de su hermano mayor, que había sido reclutado por el ejército para defender su patria. Entonces el infantil coloquio fue repentinamente interrumpido por su padre, quien los llevó al establo para que le ayudaran a darle una ración extra a los caballos, que sufrían mucho las bajas temperaturas.

Alrededor de las seis menos cuarto de la tarde Eugène y Joseph, de 12 y 10 años, respectivamente, ya habían terminado el trabajo. Cuando salieron de la cuadra se toparon, para su asombro, con una extraordinaria figura en el cielo: era una mujer de impresionante belleza, que permanecía de pie en el aire frente a ellos; llevaba un largo vestido azul, adornado de estrellas doradas, y ceñía su cabeza con una bonita corona de oro.¹

Poco después se unieron a ellos dos niñas: Françoise Richer, de 11 años, y Jeanne-Marie Lebossé, de 9, que también veían a la esplendorosa Señora. Las alegres y entusiastas exclamaciones de los críos acabaron llamando la atención de casi toda la aldea, y atrajeron hasta la propiedad de la familia Barbedette a una verdadera muchedumbre.

Mensaje escrito por manos invisibles

Los campesinos que se agolpaban ante la casa de los Barbedette desea-

ban presenciar la aparición de la distinguida Dama. Sin embargo, no todos creían lo que los niños decían, porque sólo la veían ellos.

También el P. Guérin acudió al lugar. Aunque tampoco veía nada, se sintió tomado por la gracia y entonó el himno nacido de los labios de la propia Reina el Cielo: el Magnificat. Mientras todos cantaban, los niños vieron cómo aparecía una cinta debajo de los pies de la Virgen sobre la cual unas manos invisibles escribieron en letras de oro: “Rezad, hijos míos”. Y entretanto la multitud proseguía el canto se agregaba otra misteriosa afirmación más: “Dios pronto os escuchará”.

En determinado momento percibieron una gran luz que brillaba más que el sol y, cuando ya se pensaba que la Madre de Dios se marchaba, una última frase fue dibujada a sus pies: “Mi Hijo se ha conmovido con vuestras oraciones”. Ante este misterioso mensaje todos continuaron rezando en silencio.

Se prolonga la aparición

No se oía nada hasta que una voz se elevó de entre la pequeña concurrencia cantando un himno local que alaba a María como Madre de la Esperanza. En ese exacto instante, la majestuosa Señora irguió sus manos hacia el cielo y, moviendo delicadamente los dedos, miró a los niños con mucha ternura.

No obstante, una sombra de tristeza se notó en aquel suave y resplandeciente semblante. Cuando en la canción se decían estas palabras: “Mi dulce Jesús, ahora ha llegado el momento de que concedas tu perdón a nuestros endurecidos corazones”, la Virgen apuntó hacia un signo que llevaba sobre su pecho. Era una cruz roja, en la cual se podía ver perfectamente a Nuestro Señor. Sobre ella había una cinta blanca en la que estaba escrito el nombre de Jesús, también en rojo. Los labios de la Señora del Cielo se movían como si estuviera rezando.

El párroco pidió que todos se quedaran allí en vigilia hasta el final de la aparición, que se prolongó más de tres horas. Cuentan que además de los dos hermanos Barbedette y de las dos niñas hubo tres videntes más: Eugène Friteau, de 6 años, Auguste Avice, dos años más pequeño, y la hijita del zapatero, que aún estaba en el regazo de su madre y que no paraba de saltar en sus manos extendiendo sus bracitos hacia el aire como si quisiera ir en dirección a Nuestra Señora.

El milagro es reconocido por el obispo

Al mismo tiempo en que la Madre de Dios infundía esperanza en los corazones de los lugareños, parecía que también intervenía en los lances de la guerra que tanto amedrantaban a los habitantes de la región.

Esa misma noche el comandante del ejército alemán, el general Karl von Schmidt, recibió la inesperada orden de retirarse. Y diez días después Francia y Alemania firmaban el armisticio. Había ocurrido lo que muchos denominaron como “el gran milagro de Pontmain”.

Las autoridades eclesiásticas realizaron una serie de investiga-



Simon de l'Ouest (CC by-sa 4.0)

“Mi Hijo se ha conmovido con vuestras oraciones”

Aparición de la Virgen en Pontmain - Vitral de la iglesia de San Pedro, Vaucé (Francia)

ciones a fin de confirmar la autenticidad de lo que los niños afirmaban haber visto. Después de entrevistarlos individualmente y someterlos a exámenes médicos para probar que no sufrían alucinaciones, pudieron atestiguar la completa veracidad de los relatos hechos por los videntes, que durante todo el proceso se comportaron con eximia calma y modestia.

La carta pastoral en la que Mons. Casimir-Alexis-Joseph Wicart, primer obispo de Laval, da

su parecer sobre ese fenómeno sobrenatural, ocurrido en un territorio de su jurisdicción, concluye de la siguiente forma: “Habiendo examinado los informes de dos comisiones de teólogos y una de investigadores [...], habiendo revisado el testimonio por escrito de los médicos [...] consideramos que la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios, realmente se apareció el 17 de enero de 1871”.²

Se extiende la devoción por Francia

Constatada la veracidad de la aparición, le dieron el nombre de Nuestra Señora de la Esperanza de Pontmain, se construyó una iglesia en su honor en el lugar y en 1922 Pío XI instituyó su fiesta litúrgica, que se celebraría cada 17 de enero. La devoción se extendió por Francia y por el mundo. Lo que no es nada extraño, pues el recuerdo de la delicadeza desbordante y maternal protección manifestadas por María Santísima para con sus afligidos hijos de Pontmain despierta en los hombres de hoy sentimientos de esperanza.

Sepamos recurrir a la Virgen en todas nuestras necesidades y, cuando las cruces nos parecieran demasiado pesadas o nos hallemos en situaciones aparentemente sin salida, tengamos la certeza de que Ella intercederá por nosotros ante su divino Hijo: “Ave, Virgen hermosa. Ave, Madre de la Santa Esperanza; y Reina con razón llamada. ¡Oh mujer bendita entre todas las mujeres! ¡Oh María, intercede por nosotros!”.³ ✧

¹ Cf. ENGLEBERT, Omer. *Catherine Labouré and the Modern Apparitions of Our Lady*. New York: P. J. Kenedy & Sons, 1959, p. 172.

² Ídem, pp. 174-175.

³ Del canto latino *Ave Virgo Speciei*.

Maternal mano que pacifica y sosiega

No cesan de llegar a nuestro conocimiento relatos de nuevas curaciones y milagros obtenidos por intercesión de Dña. Lucilia. En todos ellos hay un denominador común: además de resolver el problema concreto, ella calma el espíritu y apacigua el alma.



Myriam Lacayo de Solera

“¡Señor! ¡Señor, que vea!”. Éstas y otras muchas súplicas se escuchaban en medio de la multitud que se apiñaba en torno al divino Maestro. ¡Y cuántos no habían sido atendidos en sus peticiones, cuántos no habían sido curados de sus enfermedades! Mudos que empiezan a hablar, ciegos que ven, leprosos que quedan limpios y numerosas personas se sentían libres de los espíritus malignos que las atormentaban... Así pues, “todos los que sufrían de algo se le echaban encima para tocarlo” (Mc 3, 10).

Ante los favores recibidos, ¿podrían callar aquellos que habían sido beneficiados? Aunque Jesús ordenara: “¡Cuidado con que lo sepa alguien!”, como en el caso de los dos ciegos de Jericó (cf. Mt 9, 30), era imposible silenciar el contentamiento y la gratitud de los sanados.

Del mismo modo, es difícil enmudecer a quienes hoy reciben innumerables gracias por la intercesión de personas que han sido ejemplo de virtud y murieron en olor de santidad.

El lenguaje de los hechos es elocuente. Nos llegan sin parar numerosos testimonios que “difunden la fama” de una maternal mujer —Lu-

cilía Ribeiro Corrêa de Oliveira—, a la que algunos ya conocen como “la señora que anda haciendo milagros”. Y más que eso, ha revelado poseer un especialísimo don para apaciguar las almas que pasan por grandes momentos de aflicción.

Misterioso depósito bancario

Sandra Aparecida, de São Paulo, relata una gracia que obtuvo en un momento por el que pasaba grandes dificultades económicas:

“Hasta febrero de este año [2019] vivía con mis padres, una hermana y una sobrina. Después de rezar mucho, mi sobrina y yo —con pocos recursos— nos mudamos a un apartamento, cerca de la sierra de la Cantarera.

“En julio me despidieron del empleo en el que llevaba doce años y esperaba invertir la cantidad de la indemnización en algo que nos permitiera trabajar y dedicarnos a Nuestra Señora, al mismo tiempo. Ocurre que hasta recibir el dinero y pasar por todos los trámites burocráticos de una empresa, las facturas no dejaban de llegar. Nos vimos, pues, en extrema necesidad, porque mi sobrina tampoco estaba trabajando ya.

“¿Qué hacemos en esos momentos? Seguir el consejo de varios sacerdotes: ¡Confiar!”.

Habiendo sido atendida unos meses atrás por Dña. Lucilia, decidí lanzarme en lo oscuro y confiar en ella ciegamente.

“El 5 de julio debía pagar el alquiler del apartamento, pero en mi cuenta no había la cantidad necesaria, que era de R\$ 3.285,23. Tan sólo tenía R\$ 959,05, y tras el pago quedaría un saldo negativo de R\$ 2.326,18. Le estaba haciendo una novena a Dña. Lucilia para que lograra ponerle remedio a nuestra situación.

“Al día siguiente, 6 de julio, decidimos ir a la basílica del Carmen, pero en el camino nos vimos envueltas en un accidente de tráfico con otro vehículo. Nadie salió herido y gracias a Dios yo tenía seguro; tan sólo me preocupaba la franquicia, pues el automóvil quedó destrozado y pensé: ¡Otra factura más!

“Alquilamos un coche —¡otro gasto más...!— para no perder el compromiso que teníamos aquella tarde: una reunión con un sacerdote heraldo, en la que asistimos a un vídeo de Mons. João Clá Dias donde hablaba sobre María Auxiliadora. Subrayaba



Fotos: João Scognamiglio Clá Dias

El 18 de marzo de 1968, semanas antes de que Dña. Lucilia falleciera, Mons. João Clá Dias le hizo una serie de fotografías que revelan la bondad y nobleza de alma de esta dama, con 92 años en ese momento

la confianza que hemos de tener en Ella y decía que Ella nunca dejó a un miserable sin ayuda.

“Al llegar a casa, le pedí a Dña. Lucilia y a Nuestra Señora que nos socorrieran, pues si ellas ayudan a todos, ¿por qué no harían lo mismo con estas miserables? Y estaba segura de que intervendrían, sólo que no sabía cuándo.

“Al día siguiente me levanté sin mucho ánimo y miré mi cuenta para poder planificarme. Pero cuál no fue mi sorpresa al encontrarme icon un ingreso en efectivo de R\$ 36.022,04! Cuando me fijé en las últimas cifras de dicha cantidad —22,04— empecé a llorar inmediatamente: ¡22 de abril, la fecha de nacimiento de Dña. Lucilia! Lo entendí todo, ahí estaba su firma”.

Y, para confirmar el auxilio sobrenatural, todo había ocurrido el día en que se conmemoraba una de las principales devociones de Dña. Lucilia: “Ese depósito se hizo el 5 de julio, un primer viernes de mes, día dedicado al Sagrado Corazón de Jesús”.

No obstante, a pesar de confiar en la intercesión de Dña. Lucilia, intri-

Doña Lucilia ha revelado poseer un especialísimo don para apaciguar las almas que pasan por grandes momentos de aflicción

gada con esa suma y su procedencia, Sandra procuró informarse al respecto:

“Llamé al banco y la persona que me atendió me dijo que esa cantidad había sido ingresada en efectivo por la propia beneficiaria. O sea, ¡¡por mí misma!!! Colgué el teléfono aterrada, pero llamé de nuevo, con la esperanza de conseguir la firma del comprobante o alguna grabación en la que quizá apareciera una mujer de cabellos plateados con su paquetito de dinero. Pero lo único que conseguí fue irritar a la operadora que

en cierto momento me dijo: ‘Señora, ese depósito lo ha hecho usted misma, en efectivo, en el cajero, ¿cuál es su duda? ¿Se ha confundido usted?’ Qué poco sabe ella...”

Y como si no bastara, Dña. Lucilia encontró una salida hasta para conseguirle un nuevo vehículo, sin mayores perjuicios, favoreciendo de forma considerable la situación financiera de Sandra: “La terminación de aquella cantidad la comprendía, pero por qué exactamente 36.000, no lo sé. Pensé que fuera para comprar un nuevo coche, pues lo necesito para poder ir a Misa todos los días. Sin embargo, recibí un correo electrónico de la aseguradora donde se me informaba que había sufrido una pérdida total del vehículo y que ellos me pagaban su valor íntegramente! ¡Una acción más de ella! En fin, no tengo sino agradecerle todos esos milagros. Realmente ha venido en nuestro socorro.

“Les exhorto a todos a que pidan mucho, pidan todo, sin parar, sin desanimar. Ella está siempre a nuestro lado, llevándonos a menudo en su regazo, pero en contrapartida, espe-

rando de nosotros la confianza ciega en su amor”.

Cartera perdida en São Paulo

También Antonio Zinatto Bueno Lopes, de São Paulo, se sintió especialmente protegido por Dña. Lucilia al recurrir a su intercesión y comprobar su maternal auxilio:

“Me desplazaba de casa hasta la estación de metro Santana para dejar a mi hijo y cuando me bajé del coche para sustituirlo al volante mi cartera, con todos los documentos, se cayó del bolsillo de la cazadora sin que me diera cuenta.

“Cerca ya de casa me percaté de ello y regresé al sitio donde había parado el vehículo, pero no encontré nada. Empecé a preocuparme, por las razones y perturbaciones que conlleva.

“Aquel mismo día por la tarde comenzaba un congreso de cooperadores de los Heraldos del Evangelio. Durante la Misa pedí gracias para tranquilizarme, para poder aprovechar el evento y recurrí a la intercesión de Dña. Lucilia, a fin de que algún alma generosa localizara mis pertenencias y entrara en contacto conmigo.

“El lunes después del congreso tomé las oportunas providencias sobre el asunto y continué la vida normalmente. El jueves, encontrándome en la parroquia de Santa Ana, en la zona norte de São Paulo, ante el Santísimo Sacramento, suena mi teléfono: era una sobrina mía que me dijo que la jefa de la oficina de Correos de São Paulo había llamado a su padre —mi hermano— para preguntarle por mí, pues lo había localizado a él y no a mí en las averiguaciones que hizo, y le avisaba que estaba en posesión de mis documentos.

“Una vez que terminé mis oraciones la llamé y me contó qué era lo que le había llevado a dar tal atención al caso. Me dijo que diariamente pasan por allí alrededor de 2000 documentos perdidos y que es imposi-

ble llamar a todos. Pero en mi caso, al comprobar la documentación, vio la fotografía de una señora mayor que le llamó la atención. Al mirar la fecha de nacimiento en el reverso de la foto pensó: ‘Madre de él no es, quizá su abuela...’. Decía: ‘Lo que sentí viendo la fotografía... bondad, serenidad y acogida; esto me tocó mucho, pues además había perdido a mi madre recientemente y estaba muy abatida, triste, y la foto me consoló. De ahí que tomara esta resolución: en este caso seré yo misma la que llame’.

“Convenimos día y hora para vernos en la oficina de Correos y hacer la debida entrega. Esa foto, claro, está muy bien guardada y me acompaña siempre en cualquier situación”.

Conversando con Dña. Lucilia

De la localidad argentina Ingeniero Pablo Nogués, provincia de Bue-



Estevina Acosta
con un cuadro de Dña. Lucilia

“Al preguntarle a qué se refería, me contó que todas las tardes Dña. Lucilia iba a conversar con él y le daba mucha paz”

nos Aires, nos escribe Estelvina Acosta para contarnos un hecho que le sucedió a un vecino suyo al recurrir a Dña. Lucilia durante su grave enfermedad:

“En noviembre de 2014 mi vecino, Pedro Bugeño, que estaba padeciendo un cáncer de hígado que lo hacía sufrir mucho, recibió la visita de dos heraldos, en la cual hablaron sobre la vida de Dña. Lucilia y le dejaron una estampa de ella para que le pidiera la paz que estaba buscando.

“Una semana antes de que Pedro falleciera fui a verlo al final de la tarde. Al entrar en la habitación vi que estaba con los ojos cerrados y pensé que estuviese durmiendo; por eso decidí mejor retirarme. Pero cuando me encontraba a punto de hacerlo me dice: ‘No te vayas, estoy despierto; sólo estaba conversando con esta señora’. En su mesilla de noche tenía la estampa de Dña. Lucilia que le habían regalado.

“Al preguntarle a qué se refería, me contó que todas las tardes Dña. Lucilia iba a conversar con él y le daba mucha paz. Fue ella quien lo preparó para morir bien”.

Un embarazo imposible

Asimismo, Estelvina nos relata el caso de una amiga que no podía tener hijos desde hacía siete años y que habiendo conocido la historia de Dña. Lucilia empezó a rezarle ante una foto suya, recibida como obsequio, pidiéndole un milagro:

“Interiormente yo no creía mucho que eso ocurriera, pues sabía que los médicos le habían dicho a ella que era imposible que se quedase embarazada por todo lo que había pasado. Cual no fue mi sorpresa cuando, un mes después [de iniciadas sus oraciones], mi amiga Silvana estaba encinta... Desde entonces me volví muy devota de Dña. Lucilia, al ver los milagros que ha ido haciendo”.

El valor de la oración confiada

Karla Maia Malveira, de Montes Claros (Brasil), nos escribe también para darnos su testimonio:

“Soy montesclarensis y con mi esposo trabajamos en el ámbito de la salud. El 9 de mayo de este año [2019] sufrimos un atraco en la clínica de nuestra propiedad. Una empleada fue reducida por un maleante a punta de pistola y se llevó cinco de los más valiosos aparatos utilizados en los tratamientos que ofrecemos.

“La ausencia del material robado podría poner fin a la existencia de nuestra clínica, obtenida con años de dedicación, por el alto coste de los equipos, que proporcionaban el mayor volumen de nuestras terapias. Pasamos días muy difíciles, pues perdimos todas las ganancias, ya que las consultas tuvieron que ser interrumpidas.

“En esa gran aflicción, pedimos las oraciones a los sacerdotes heraldos y a los hermanos terciarios. En medio a todo esto nos invitaron a asistir a la ordenación sacerdotal de un diácono heraldo, a quien estimamos mucho, en São Paulo. Nuestros familiares nos aconsejaron que no fuéramos, debido a las grandes dificultades que atravesábamos. Sin embargo, mi esposo y yo decidimos hacer un acto de confianza en la Virgen y fuimos, incluso para distanciarnos un poco del problema.

“Después de las ordenaciones realizadas por Mons. Benedito Beni dos Santos, providencialmente un heraldo nos regaló *El libro de la confianza*.

“Al leer el prefacio me identifiqué mucho con las pruebas por las cuales pasó el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, maestro espiritual de Mons. João Clá Dias. Dificultades que habían sido prontamente sanadas en su vida por su oración confiada. ¡En ese prefacio vi una señal! El Dr. Plinio, desde el Cielo, me indicaba el camino a seguir en aquel momento de dolor: ¡la vía de la confianza! Ante esto mi

marido y yo resolvimos consagrar, confiados, nuestra delicada situación al Dr. Plinio y a Dña. Lucilia.

“¡Y el milagro ocurrió! Al regresar a Montes Claros, contrariando todas las expectativas naturales, supimos que la Policía, después de las investigaciones, había localizado al ladrón aún en posesión de los objetos robados. Al final de esa tarde todos los aparatos, intactos, ya estaban de vuelta en la clínica.

“Por medio de este relato quiero compartir mi eterna gratitud al Dr. Plinio y a su madre, Dña. Lucilia, que nos obtuvieron esa inmensa gracia, la cual la veo como dos: por una parte, nos restituyeron un bien material importante, pero, por otra, nos hicieron comprender sobre todo que la oración confiada jamás es decepcionada. ¡Dr. Plinio y Dña. Lucilia, os pedimos, rogad por toda la hu-



Aurora Tinoco consagrándose a la Virgen María en el santuario de Sameiro

“Pasado un año de la primera intervención, mis oraciones habían sido escuchadas, pues el médico me dijo: ‘Su bichillo ha desaparecido’”

manidad tan perdida e incrédula en el amor del Padre!”.

“Su bichillo ha desaparecido”

Afectada por un cáncer de garganta, Aurora Tinoco, de Braga (Portugal), empezó a rezarle a Dña. Lucilia con el fin de obtener su curación y, tras varias operaciones, su tumor desapareció:

“A mediados de 2018 los médicos me diagnosticaron un granuloma piógeno en la laringe. Fui operada el 27 de agosto de ese año. Las biopsias no fueron concluyentes y me dijeron que tenía que ser operada de nuevo. Entré en pánico. Tomé antidepresivos durante un mes. Entonces aparece una amiga que empieza a hacer conmigo una caminata de oración.

“Fui operada por segunda vez, el 15 de octubre de 2018, día de Santa Teresa. Me aconsejaron que pidiera la intercesión de Dña. Lucilia. Por coincidencia, dormía con una revista debajo de la almohada que tenía su fotografía. A partir de ese día comencé a pedir la intercesión de Dña. Lucilia.

“En enero de este año [2019] volví a ser operada, pues el granuloma apareció otra vez. Al finalizar la intervención quirúrgica pedí mi curación. Meses después el médico comprobó que el granuloma estaba disminuyendo. Durante esos meses mi oración a Dña. Lucilia permanecía constante.

“Pasado un año de la primera intervención, el 27 de agosto de 2019, mis oraciones habían sido escuchadas, pues el médico me dijo: ‘Su bichillo ha desaparecido’. Él mismo afirmó que siempre demostré ser una mujer de fe. ¡La prueba de ello está ahí!”.

* * *

Así, Dña. Lucilia, de manera discreta y alentadora, viene favoreciendo a numerosas almas que a ella recurren, dándoles valentía y serenidad ante el dolor y prestando extraordinarios auxilios físicos y espirituales. ✧

Fotos: Urbano Ngoca



1



Fotos: Carlos Henrique Dias Bueno



Estados Unidos – Del 24 al 27 de noviembre se realizó una misión mariana en la parroquia de San Francisco Javier, en el condado de Los Ángeles. El programa diario empezaba con catequesis, rezo del Rosario y Santa Misa. A continuación, la imagen peregrina era llevada a los hogares, especialmente donde había enfermos.

Fotos: Alcaldía de Medellín



Colombia – El Colegio Heraldos del Evangelio fue reconocido por la Alcaldía de Medellín como uno de los mejores centros de enseñanza de la ciudad, dentro de la categoría “Escuela gestión ejemplar”. La entrega del galardón tuvo lugar en sesión solemne el 7 de noviembre en el Orquideorama del Jardín Botánico de la misma localidad.



2



3

Mozambique – El coro y orquesta de los Heraldos del Evangelio de Maputo fue invitado a realizar el tradicional Concierto Navideño organizado anualmente en la Nunciatura en honor del cuerpo diplomático (foto 1). También les correspondió clausurar la presentación musical ofrecida en la catedral metropolitana a 80 obispos de África austral (fotos 2 y 3). El evento fue dirigido por el P. Araújo Mazive, EP, a petición de la Nunciatura.



Fotos: Sebastián Cedevid

El Salvador – Mons. Santo Gangemi, nuncio apostólico, visitó el pasado 8 de noviembre la casa de los Heraldos de San Salvador para pasar unas horas de convivencia. A su llegada fue recibido por los jóvenes que frecuentan la institución. Después de charlar brevemente con cada uno, celebró la Santa Misa en la capilla.



Fotos: Eric Salas

España – Finalizado el curso preparatorio de diez semanas, 36 personas se consagraron a la Santísima Virgen, según el método de San Luis María Grignon de Montfort, el 8 de diciembre. El acto se realizó en la basílica de la Concepción de Nuestra Señora, de Madrid, durante la Misa presidida por su rector, D. José Aurelio Martín Jiménez.



Campo Grande – Siete grupos del oratorio María Reina de los Corazones han sido constituidos en la parroquia de San Juan Bautista. La entrega fue hecha por el párroco, el P. Ricardo Pereira da Silva, durante la Misa conclusiva de la misión mariana realizada, del 11 al 17 de noviembre, por la Caballería de María.

Fotos: Sergio Céspedes Ríos



Fotos: Eduardo Pássero

Recife – El 17 de noviembre Mons. Limacêdo Antonio da Silva, obispo auxiliar de Olinda y Recife, visitó la casa de los Heraldos y administró el sacramento de la Confirmación a dieciocho jóvenes. A continuación, bendijo el belén catequético, que está siendo visitado por miles de pernambucanos.



Fotos: Felipe Cedraz

Salvador de Bahía – El 10 de noviembre Mons. Estevam dos Santos Silva, obispo auxiliar de la arquidiócesis de Salvador, presidió la Eucaristía y bendijo el belén catequético instalado en la casa de los Heraldos. Luego le fue servida una cena preparada por los propios miembros de la institución.



Fotos: Augusto Kenji / João Paulo Rodrigues

Mons. Colombo confirma a 156 feligreses

El 16 de noviembre Mons. Sergio Aparecido Colombo, obispo diocesano de Bragança Paulista, administró el sacramento de la Confirmación a 156 feligreses de la parroquia de Nuestra Señora de las Gracias, encomendada al cuidado pastoral de los Heraldos del Evangelio. La solemne ceremonia tuvo lugar en la basílica de

Nuestra Señora del Rosario, de Caieiras. Con palabras llenas de entusiasmo, Mons. Colombo destacó la importancia de mantenerse firmes en los momentos de tribulación por los cuales pasan y han de pasar los católicos de todos los tiempos, permaneciendo siempre fieles al Evangelio y a las enseñanzas de la Santa Iglesia. ✧



Fotos: João Paulo Rodrigues

Joinville – En sus palabras finales, Mons. Francisco Carlos Bach, obispo de Joinville, calificó de “auténtica clase de catequesis”, que nos enseña el genuino sentido de la Navidad, el concierto dado el 7 de diciembre por jóvenes estudiantes de los Heraldos en la casa que la institución tiene en esa ciudad catarinense.



Beatificado el P. Donizetti Tavares de Lima

Durante una Misa presidida por el cardenal Giovanni Angelo Becciu, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, fue beatificado el 23 de noviembre en Tambaú, estado de São Paulo, el P. Donizetti Tavares de Lima, dedicado apóstol, místico y taumaturgo brasileño. Más de 20 000 fieles participaron en la ceremonia, en la cual estuvieron presentes autoridades civiles y numeroso clero.

El P. Donizetti nació en el municipio brasileño de Cássia, estado de Minas Gerais, el 3 de enero de 1882, y fa-

llecio el 16 de junio de 1961 en Tambaú, donde fue párroco de la iglesia de San Antonio. Entre sus muchos milagros se cuenta que, habiendo autorizado una procesión para recibir una imagen de Nuestra Señora Aparecida, en un día en que llovía mucho en la ciudad, ni la imagen ni ninguno de los fieles que participaban en la comitiva se mojaron durante el recorrido.

Peregrinación de uruguayos en la fiesta de su patrona

Más de 10 000 fieles se congregaron en la localidad de Florida, Uruguay, el 11 de noviembre, para celebrar la fiesta de la Virgen de los Treinta y Tres, patrona del país. El arzobispo de Montevideo, el cardenal Daniel Sturla, presidió la Misa en el santuario nacional, en la cual fue concelebrante el nuncio apostólico, Mons. Martin Krebs. En la ocasión fue renovada la consagración de Uruguay a María, hecha en 1988.

La imagen de la Virgen de los Treinta y Tres es una bella escultura

en madera, de origen guaraní y datada del siglo XVIII, representando a la Inmaculada Concepción.

Biblia rara es subastada en Alemania

Más de un millón de euros fueron pagados por una preciosa y rara Biblia subastada en la ciudad alemana de Hamburgo. Se trata de un ejemplar en dos volúmenes manufacturados por Johannes Fust y Peter Schöffer, sucesores de Johannes Gutenberg, el célebre inventor de la imprenta con tipos móviles. Según representantes de la sala de subastas Ketterer Kunst, es “una obra maestra absoluta, creada aún en vida del inventor de la prensa”.

La Biblia fue impresa en 1462 y se encuentra en un sorprendente estado de conservación, a pesar de sus 557 años de edad. Por la técnica minuciosa con que fue elaborada, se considera que dicho ejemplar, extremadamente raro y hecho en pergamino, posee el mismo nivel de calidad que el de las Biblias del propio Gutenberg.

Congreso Internacional de Educación Católica

A iniciativa del arzobispo metropolitano, Mons. Gil Antonio Moreira, se realizó en Juiz de Fora, Brasil, del 1 al 5 de noviembre, el I Congreso Internacional de Educación Católica promovido por la arquidiócesis, cuyo lema era *Educación: riesgos, desafíos y perspectivas*. Fueron conferenciantes el propio Mons. Moreira, Mons. Enrique Soares, obispo de Palmares, Mons. José Francisco Falcão de Barros, obispo auxiliar del Ordinariato Castrense de Brasil, y otras autoridades del mundo académico.

El principal expositor fue Mons. Ángel Vincenzo Zani, secretario de la Congregación para la Educación Católica, llegado de Roma para participar en el evento. En una entrevista concedida a la *TV Arautos* subrayó los cuatro puntos fundamentales que guiaron los trabajos realizados en esos días: la importancia de la identidad cristiana en las instituciones católicas de enseñanza; la necesidad de actuar con espíritu de comunión, haciendo que alumnos, familias y profesores colaboren entre sí;

la sólida formación y acompañamiento que debe ser dado a los educadores; y la necesidad de dar respuesta a los desafíos y problemas concretos del mundo actual.



Sesión presidida por Mons. Gil Moreira. En el destacado, Mons. Ángel Zani con algunos heraldos participantes en el congreso

Fotos: Vaginer Martins

Diócesis estadounidense redecora su histórica catedral

Para celebrar su sesquicentenario, la catedral de la Inmaculada Concepción de Lake Charles, estado norteamericano de Luisiana, pasó por amplias labores de restauración. Construida en 1913, es considerada uno de los más expresivos ejemplos de la arquitectura de estilo romanesco lombardo de Estados Unidos y así consta en el Registro Nacional de Lugares Históricos. Los trabajos realizados incluyeron una cuidadosa reddecoración de las paredes interiores y tareas de mantenimiento para paliar los efectos del tiempo.

Los orígenes de la catedral se remontan a 1869, año en que fue creada la parroquia de San Francisco de Sales, de Lake Charles. Medio siglo después ya estaba erigido el templo parroquial que hoy conocemos. En 1980, al ser creada la dióce-



Conrad Schmitt Studios

La nave central y el altar mayor, renovados

sis de Lake Charles por el Papa San Juan Pablo II, el majestuoso edificio fue elevado a la categoría de catedral.

Guayaquil renueva su consagración al Sagrado Corazón de Jesús

El 21 de noviembre tuvo lugar en la catedral metropolitana de San Pedro Apóstol una solemne ceremonia presidida por Mons. Iván Minda, obispo auxiliar de Guayaquil, y Mons. Aníbal Nieto, obispo de San Jacinto de Yaguachi, durante la cual se renovó la consagración de la provincia de Guayas al Sagrado Corazón de Jesús. Participaron en el acto el gobernador de la provincia, Pedro Pablo Duart, autoridades militares y civiles, además de un gran número de fieles.

También se realizó en esa ocasión la consagración de la provincia a la Virgen del Buen Suceso, cuya milagrosa imagen se venera en el convento de las Concepcionistas de Quito. Por este motivo, una hermosa copia de la imagen entró en cortejo al principio de la Misa y fue entronizada junto al altar.



Fotos: Arquidiócesis de Guayaquil

Arriba, entrada de la imagen de la Virgen del Buen Suceso; abajo, fila de la comunión

Envidia, caridad y devoción a María

Como último favor, el joven campesino le solicitó a su soberano un consejo y éste, mirándole fijamente a los ojos, le contestó: “La caridad es paciente, es benigna...”. ¡Se trataba de un verdadero programa de vida!

Víctor Emanuel Bareiro Bogarín



En medio de los apacibles prados que rodeaban un simpático pueblo francés se divisaba una gran extensión de tierras cultivadas, hasta el punto de perderse en el horizonte. Justo en el centro, se podía ver dos rústicas casas, sólidas y señoriales, aunque un poco deterioradas por el paso de los años. En ellas vivían las familias Beaumont y Fidèle, cuyos hijos, Benoît, Jean, Michel, Louis y Pierre, ayudaban mucho a sus padres en las labores del campo.

Durante la primavera la amplia campiña quedada toda teñida con el delicado morado azulado de las lavandas cultivadas en la región. Nuestra historia, no obstante, transcurre a finales del invierno europeo. En esos días un blanquísimo manto cubría los cam-

pos, donde los niños jugaban inocentemente haciendo figuras con la nieve.

Al atardecer todos se recogían en el hogar de la familia Beaumont. Allí les estaba esperando una generosa merienda, con bizcochos, quesos, mantequilla fresca, panes caseiros y toda clase de infusiones. Pero la señora Beaumont, una mujer muy piadosa y recta, no admitía que los pequeños comenzaran a servirse sin que se hiciera previamente una breve meditación y leyeran juntos algún pasaje de las Escrituras.

Después de comer, encendía una vela en honor de la Madre de Dios y todos se reunían para rezar el Rosario ante una antiquísima imagen de la Virgen, que no tenía ninguna advocación concreta, pero sí una historia muy singular.

Así transcurría en el invierno la vida pacata de los niños, llena de cándida alegría. Sin embargo, el gusano de la envidia empezaba a corroer sutilmente el alma inocente de Benoît Beaumont, de la misma forma como la lepra se apodera de sus víc-

timas. Le molestaba ver que, siendo él el mayor, Jean e incluso el pequeño Pierre demostraran más habilidad haciendo muñecos y más agilidad en los juegos. Aunque no manifestara nada exteriormente, el rencor se acumulaba en su espíritu.

Cierto día, la armónica convivencia entre los niños se rompió violentamente. Benoît acusó a Jean de haber actuado con deslealtad y se echó con furia sobre él. Entonces empezó una pelea entre los chiquillos, hasta el punto de intercambiarse puñetazos y patadas.

A la llamada de la señora Beaumont, se interrumpieron las disputas. No obstante, al regresar a casa, todos, especialmente Benoît, sentían un profundo peso de conciencia. Les parecía que llevaban en su alma una carga repleta de amor propio, de egoísmo, de falta de amor a Dios y, por tanto, de caridad para con el prójimo.

Cuando entraron en el salón, la buena mujer ya se encontraba lista para comenzar la oración diaria. Compenetrada y recogida como esta-



Los demás niños también se arrodillaron, para rezar juntos el Santo Rosario con redoblada devoción

ba, no percibió que los niños no se miraban ni se dirigían la palabra. Pero, como por inspiración angélica, sin saber lo que había pasado entre ellos decidió contarles la historia de la imagen ante la cual rezaban siempre.

“Hace más de cinco siglos, en una noche muy fría de invierno, pasaba por los alrededores de nuestro pueblo, casi de incógnito, el muy venerable rey San Luis IX. Volvía de una victoriosa campaña contra los enemigos del reino.

“Estaba exhausto de cabalgar tanto: no un día, sino meses. De pronto, en medio de la niebla y la oscuridad distinguió la figura de una persona. Era un pobre campesino que aguardaba la llegada de su señor para rendirle homenaje. Quería regalarle como obsequio una bonita caja de madera, tallada por sus propias manos.

“Al verlo acercarse, le preguntó el rey:

“—Joven, ¿qué haces aquí de madrugada con este frío?

“—Espero por mi señor —le respondió.

“Y, entregándole su regalo, continuó diciendo:

“—Cuando supe que Vuestra Majestad pasaría cerca de nuestra humilde aldea, me sentí movido a rendiros un sencillo acto de vasallaje y me serví de mis pocas habilidades para agradeceros, a través de esta cajita, lo que por Francia hicisteis, hacéis y, con la gracia de Dios, aún haréis.

“El santo rey oyó con bondadosa emoción las palabras del plebeyo y cuando concluyó le ordenó a uno de sus escuderos que le trajera una piadosa imagen de la Virgen, envuelta entre preciosos tejidos. Con un gesto elegante y paternal, se la dio al emblesado campesino, que la recibió con extrema admiración.

“Como último favor, el joven le solicitó a su soberano un consejo y éste, mirándole fijamente a los ojos, le contestó repitiendo despacio un fragmento de la Sagrada Escritura: ‘La caridad es paciente, es benigna; la caridad no tiene envidia, no presume, no se engríe; no es indecorosa ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas

del mal; [...] Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta’ (1 Cor 13, 4-5.7).

“Dirigiéndose una vez más al dedicado campesino, le dijo:

“—Ahí tienes, hijo mío, más que un consejo: ¡un programa de vida! Síguelo y conservarás tu inocencia. Sé que, por el favor de la Santísima Virgen, te han de ser añadidas otras muchas virtudes. Tendrás una descendencia abundante y muy piadosa, le doy gracias a la Reina del Cielo y de la tierra por haberte puesto al alcance de mi afecto. En su nombre te bendigo”.

—Pues bien, hijos míos —concluyó la Sra. Beaumont—, ese campesino fue uno de nuestros antepasados. Él nos legó esta linda imagen que bien podría llamarse Nuestra Señora de la Caridad.

Al concluir con tan inspiradas palabras notó un ambiente de mucha bendición. Fijándose en la fisonomía de los niños, vio que algunos lloraban. Sin decir nada, el joven Benoît se dirigió a la imagen de la Reina del Cielo, se arrodilló y, en silenciosa oración, le pidió perdón por los errores que había cometido. Los demás niños también se arrodillaron, para rezar juntos el Santo Rosario con redoblada devoción. Al final, una canción de alabanza a la Madre de Dios brotó al unísono de todos los corazones.

Con el ambiente transformado por el valor de aquellas contritas plegarias, sin duda acompañadas desde el Cielo por los ángeles, el pequeño Benoît fue al encuentro de sus amiguitos y hermanos y, con sincera humildad, les pidió perdón. Libre de la envidia que le corroía el alma, le agradeció a su madre la formativa historia que les había contado y, con la conciencia tranquila, invitó alegremente a todos a la sabrosa merienda. ✧



LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. Solemnidad de Santa María, Madre de Dios.

San Vicente María Strambi, obispo (†1824). Religioso pasionista. Rigió santamente la diócesis de Macerata y Tolentino, y fue desterrado a causa de su fidelidad al Romano Pontífice.

2. Santos Basilio Magno (†379 Capadocia - Turquía) y **Gregorio Nacianceno** (†c. 389 Capadocia - Turquía), obispos y doctores de la Iglesia.

San Teodoro, obispo (†594). Por haberse esforzado en establecer la disciplina eclesiástica fue perseguido por los reyes Childeberto y Guntramno. Murió en Marsella, Francia.

3. Santísimo Nombre de Jesús.

San Ciriaco Elías Chavara, presbítero (†1871). Fundó en Mannanam, India, la Congregación de los Hermanos Carmelitas de María Inmaculada y colaboró en la fundación de la Congregación de las Hermanas de la Madre del Carmelo.

4. Santa Isabel Ana Seton, viuda (†1821). Se convirtió a la fe católica y fundó en Estados Unidos la Congregación de las Hermanas de la Caridad de San José.

5. II Domingo después de Navidad.

Santa Emiliana, virgen (†s. VI). Tía paterna de San Gregorio Magno, fallecida en Roma.

6. Solemnidad de la Epifanía del Señor.

Santa Rafaela María del Sagrado Corazón, virgen (†1925). Fundó la Congregación de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús. Víctima de incomprensiones, se vio obligada a renunciar al cargo de superiora y pasó treinta y dos años como simple hermana.

7. San Raimundo de Peñafort, presbítero (†1275 Barcelona - España).

San Luciano, presbítero y mártir (†312). Se dedicó al estudio de las Escrituras y fundó la Escuela Bíblica de Antioquía. En la persecución de Maximino Daia, no temió dar su vida en testimonio de la verdadera fe.

8. San Jorge de Choziba, monje y eremita (†c. 614). Originario de Chipre, pasó a vivir como ermitaño en Choziba, en las proximidades de Jericó y allí fundó un famoso monasterio.

9. Beato Antonio Fatati, obispo (†1484). Gobernó la diócesis de Teramo, Italia, y después la de Ancona.

10. Beata Ana de los Ángeles Monteagudo, virgen (†1686). Religiosa dominica nacida en Arequipa, Perú. Poseía los dones de profecía y consejo.

11. San Higinio, Papa (†142). Octavo sucesor de San Pedro, combatió la herejía gnóstica y luchó por la preservación de la genuina enseñanza de los Evangelios.

12. Bautismo del Señor.

Santa Margarita Bourgeoys, virgen (†1700). Fundó en Montreal, Canadá, la Congregación de las Hermanas de Nuestra Señora.

13. San Hilario, obispo y doctor de la Iglesia (†367 Poitiers - Francia).

Beato Emilio Szramek, presbítero y mártir (†1942). Sacerdote de la arquidiócesis de Katowice, Polonia, deportado al campo de concentración de Dachau, Alemania, donde murió.

14. Beato Devasahayam (Lázaro) Pillai, padre de familia y mártir (†1752). Fue asesinado en Aralvaimozhi, India, por haberse convertido a la fe católica.

15. Beato Pedro de Castelnau, presbítero y mártir (†1208). Monje de la abadía cisterciense de Fontfroide, Francia, encargado por el Papa Inocencio III de predicar contra los albigenses. Murió herido por una lanza de los herejes.

16. San José Vaz, presbítero (†1711). Misionero indio



El sueño de la balsa salvadora
Basílica de María Auxiliadora, Turín (Italia)

de la Congregación del Oratorio de Kandy, Sri Lanka. Tradujo el Evangelio al tamil y al cingalés.

17. San Antonio, abad (†356 Tebaida - Egipto).

San Gamelberto, presbítero (†c. 802). Joven rico, ordenado sacerdote, entregó todos sus bienes para la fundación del monasterio de Metten, Alemania.

18. Beata María Teresa Fasce, virgen (†1947). Abadesa del monasterio agustino de Cassia, Italia.

19. II Domingo del Tiempo Ordinario.

San Macario Magno, presbítero y abad (†c. 390). Discípulo de San Antón, vivió como eremita en el desierto durante más de cincuenta años. Al haberse reunido a su alrededor varios discípulos, constituyó con ellos el monasterio de Scete, Egipto.

20. San Fabián, Papa y mártir (†250 Roma).

San Sebastián, mártir (†s. IV Roma).

Beato Cipriano Miguel Iwene Tansi, presbítero (†1964). Religioso cisterciense nacido en el territorio de Onitsha, Nigeria. Bautizado, se dedicó a la conversión de los paganos. Ingresó como monje en el monasterio de Mount Saint Bernard, cerca de Leicester, Inglaterra, donde murió.

21. Santa Inés, virgen y mártir (†s. III/IV Roma).

Beatos Juan Bautista Turpin du Cormier y trece compañeros, sacerdotes y mártires (†1794). Guillotinados durante la Revolución francesa en Laval.

22. San Vicente, diácono y mártir (†304 Valencia - España).



Santa Rafaela María del Sagrado Corazón de Jesús

San Vicente Pallotti, presbítero (†1850). Fundó la Sociedad del Apostolado Católico. Con sus obras y escritos fomentó la vocación de todos los bautizados para trabajar generosamente por la Iglesia.

23. San Ildefonso, obispo (†667). Sucesor de San Eugenio al frente de la arquidiócesis de Toledo, España, fue autor de varios libros y textos litúrgicos.

24. San Francisco de Sales, obispo y doctor de la Iglesia (†1622 Lyon - Francia).

Beatos Vicente Lewoniuk y doce compañeros, mártires (†1874). Laicos de Pratulin, Polonia, fusilados por las tropas del zar de Rusia al haber rechazado romper con la Iglesia católica.

25. Conversión de San Pablo, apóstol.

Beato Enrique Suso, presbítero (†1366). Sacerdote dominico alemán, insigne predicador del Santísimo Nombre de Jesús, soportó pacientemente numerosas dificultades y enfermedades.

26. III Domingo del Tiempo Ordinario.

Santos Timoteo (Éfeso - Turquía) y **Tito** (Creta - Grecia), obispos.

Beato Miguel Kozal, obispo y mártir (†1943). Obispo auxiliar de Włocławek, Polonia, muerto en el campo de concentración de Dachau, Alemania.

27. Santa Ángela Merici, virgen (†1540 Brescia - Italia).

San Vitaliano, Papa (†672). Promovió con especial celo la evangelización de los anglos.

28. Santo Tomás de Aquino, presbítero y doctor de la Iglesia (†1274 Priverno - Italia).

San José Freinademetz, presbítero (†1908). Religioso de la Sociedad del Verbo Divino enviado en misión a China.

29. San Gildas el Sabio, abad (†570). Escribió sobre la destrucción de Bretaña, lamentando las calamidades de su pueblo e increpando el desatino de los príncipes y de los clérigos. Según la tradición fundó un monasterio en Rhuy, en la costa de la Bretaña francesa, donde murió.

30. San David Galván, presbítero y mártir (†1915). Por defender la santidad del matrimonio, fue preso y fusilado sin previo juicio, durante la persecución mexicana.

31. San Juan Bosco, presbítero (†1888 Turín - Italia).

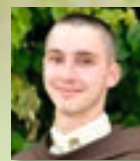
Santa Marcela, viuda (†410). Sobre esta dama romana San Jerónimo decía que al haber abandonado sus riquezas y dignidades se ennobleció más con la pobreza y la humildad.

Reproducción

Beligerante amor materno



Ave sencilla y corriente en apariencia, el tero común evoca, a la luz de la fe, la combatividad de una madre capaz de enfrentar cualesquiera sufrimientos, luchas y peligros para defender a su amado hijo.



Adriel Brandelero

La escena era pintoresca: por un camino rectilíneo andaba pacatamente una pareja de pájaros, de un plumaje grisáceo y pardo, junto con su pequeño hijito. Éste iba delante, como si les estuviera indicando a sus padres la ruta a seguir. En determinado momento, los tres se paran, quizá para recobrar las energías, y la hembra se acerca a su cría y la cubre con sus alas, a la manera de la gallina con sus polluelos. El macho se mantiene en una actitud de alerta, atento a todo lo que ocurre alrededor.

El curioso trío permaneció casi inmóvil durante unos minutos, lo suficiente para que quien lo observase percibiera que se trataba de una familia de *Vanellus chilensis*, el popular tero común o avefría —también conocido como teru teru por la onomatopeya de su estridente chillido. Todo invitaba a analizar con más calma a

este animalillo tan corriente como poco valorado, porque en general las personas sólo se dan cuenta de su existencia cuando se sienten molestas por sus persistentes graznidos... El fruto de la breve reflexión proporcionada por la singular escena se la ofrezco aquí al lector.

Al igual que todas las obras salidas de las manos del Altísimo, también este pájaro fue creado en función de un principio divino de sabiduría, y es capaz, como símbolo, de enseñarle a los hombres una verdad que muchas veces nos cuesta comprender.

Posee algo de águila, pero, por así decirlo, un poco aburguesada, pues prefiere el campo a la cima de las montañas y se adentra fácilmente en ambientes urbanos, escogiendo por hábitat sitios planos y abiertos como terrenos con césped o grama y jardines. Por otra parte, en él se ve una cierta delicadeza como la del colibrí, sea por

la mezcla elegante de los colores de sus plumas, sea por su pico puntiagudo y rectilíneo o incluso por el penacho negro de la parte posterior de su cabeza, que le confiere una inconfundible nota de encanto y levedad.

Pero los teru teru se caracterizan sobre todo por ser enérgicos defensores de sus nidos, amenazando y enfrentando a cualquier animal o persona que se aventure a sobrepasar los límites de su territorio. Tanto los huevos como las crías están siempre bajo la celosa guardia de la madre o del padre que, a la mínima señal de peligro, emite la chillona alarma, la cual en sí ya basta para ahuyentar a los desavizados intrusos. Cuando se trata de auténticos depredadores, a los que sus gritos no les asustan, el teru teru los rechaza con vuelos rasantes y directos.

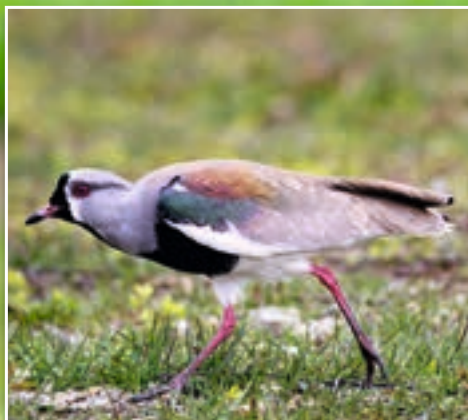
Como vemos, esta especie vive únicamente en función de su nido y de sus retoños. Así pues, es una exce-



RP Ferreira



Eduardo Leite



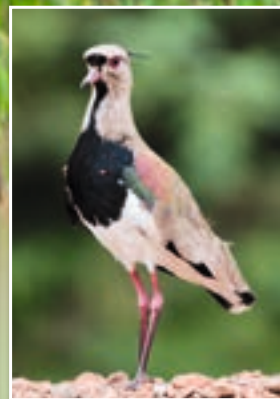
Faabi



alfrqn



Milton Rodney Buzon



Sandro Salomon

lente representación del amor materno, dispuesto a todo por su prole, ya sea numerosa, ya esté compuesta por un único hijo.

Además, esta ave posee espolones en el pliegue de sus alas que le dan un aire de agresividad, utilizados como armas de ataque y de defensa. Expresiva figura a la cual no es difícil asociar la capacidad materna de herir y destruir la jactancia enemiga: “La bendición del padre asegura la casa de sus hijos, y la maldición de la madre arranca los cimientos” (Eclo 3, 9).

Sintetizando esos aspectos, el teru teru se presenta a nuestros ojos como símbolo de la beligerancia materna, del odio de una madre, capaz de enfrentar cualesquiera sufrimientos, luchas y peligros para impedir que su hijo sea blanco de algún ataque.

Ahora bien, sabemos que, con el pecado original, “la Creación fue sometida a la vanidad” (Rom 8, 20) y aguarda

Los teru teru se caracterizan por ser energicos defensores de sus nidos, capaces de amenazar y enfrentar a cualquier invasor

ansiosamente, gimiendo, la manifestación de los hijos de Dios. Por lo tanto, nuestras consideraciones no estarían completas sin imaginarnos cómo sería el canto del teru teru en el paraíso y cómo lo será en el Reino de María.

Tal vez antes de la caída de Adán se asemejaría a una emocionante melodía de guerra, propia a despertar en el alma de quien la oía los mejores im-

pulsos de arrojo y heroísmo... Y cuando los efectos de la Redención alcancen la naturaleza creada con una fuerza aún mayor, hasta el punto de que las piedras se vuelvan más hermosas, los árboles más elegantes, los animales más graciosos, los hombres más santos, los ángeles más sublimes y la gracia más abundante, ¿cuál será el papel de nuestro sencillo teru teru?

Quizá su canto, vigoroso, armonioso y clarísimo, al resonar por los aires, les recuerde a los hombres los torrentes de amor que del Inmaculado Corazón de María se habrán derramado sobre el mundo, dando origen a una era de maravillas. Simbolizará, en suma, el afecto pertinaz e inagotable de aquella que, siendo la Madre por excelencia, es “terrible como un ejército en orden de batalla” (Cant 6, 4) en la defensa de su divino Hijo y de todos los que, por Él mismo, le fueron entregados al pie de la cruz. ✧



Huida a Egipto, por Fra Angélico
Museo de San Marcos, Florencia (Italia)

Reproducción

Dispuestos a todos los sacrificios

*M*aría Santísima tenía muy presente que su Hijo sería entregado como víctima en reparación por los pecados de la humanidad, pero sabía que aún no había llegado la hora. Cuando fue informada sobre el aviso del ángel, Ella le transmitió a su esposo algunas de las razones más altas de esa huida, que él no había considerado. Al reconocerla como auténtica maestra y

oyéndola encantado San José se dejaba instruir sin que, no obstante, disminuyera en nada su papel director. Esta trinidad de la tierra se mostraba enteramente dispuesta al sacrificio, aceptando con verdadera dulzura de corazón todos los sufrimientos que la Providencia le enviaba.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias